



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Mira, niña, dile a la patrona que yo he venío aquí a picar y no a que me piquen.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

19.—Lo que no debe tenerse.

N O
NOTA
REPE
TIDA
T A

20.—Adorno.

DUELO
EMBUTIDO SIN BUCLE

21.—Lo que se debe ser.

NADA
SIGNO
PÍCARO

22.—Frase gubernamental.

ENTREMESES
SOPA
COCIDO

EL 500 Gobernador

POSTRES
VINOS
HELADO

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.

23.—Para el chocolate.

V A RA
CATARRO
BEBIDA AROMÁTICA

24.—Picador famoso.

—Eres una *prima-tres* para eso de perseguir señoras, Damián.

—Yo lo que te aseguro es que a mi señora esposa, cuando me ve en esos trances, se le cae la *prima-prima*. ¡Rarezas de mujeres!

—Pues *dos-tercia* de mi parte que es tonta.

—Eso se lo cuentas a su primo *todo*, que es quien se entiende con ella.

CUPÓN

correspondiente al núm. 134 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 131.

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos



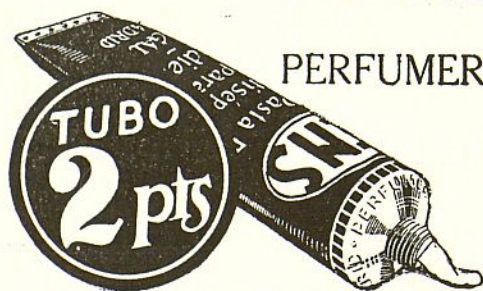
La Risa es Contagiosa

y pone al descubierto el estado de las
dentaduras. Para exhibir dientes sanos,
blancos y brillantes y poder reir sin
timidez, use Ud. todas las mañanas la

PASTA DENS

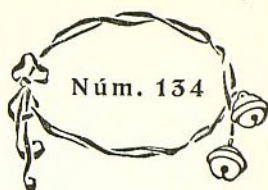
Es una crema jabonosa, aromatizada
con menta dulce de primera calidad.
Su sabor es el de un delicioso bom-
bón, perfumado y refrescante. Ni pie-
dra pómez, ni jibia, ni drogas de efecto
dudoso o nocivo. Limpia el esmalte
dental con la suavidad de una esponja.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más redu-
cido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden
a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospe-
char de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.



HISTORIAS EXTRAVAGANTES

LA DEL POBRE BABILES



o que le ha ocurrido a Jerónimo Babilés es para salir hasta en romances de ciego. Figuraos que Babilés sintió un buen día, que para él fué malo, que dentro de su cuerpo ocurría algo extraño y completamente desusado. Como conocer, él conocía a su cuerpo de toda la vida, por haberle usado desde que nació, así es que no podía engañarle en cuanto le ocurría algo.

Esta vez el algo ese no era nada concreto ni preciso, no era de esas dolencias en las que basta estornudar para comprender que se está constipado, o tocarse un grano en el cogote para darse cuenta de que la Primavera hace sus efectos. Lo que le ocurría a Babilés, no estaba al alcance de su inteligencia, y eso que la tenía muy desarrollada, hasta el punto de que en el Círculo pasaba por uno de los mejores jugadores de tresillo.

—Tendré que visitar a un médico y explicarle lo que me ocurre.

¡Pobre amigo Jerónimo Babilés! Por las explicaciones que dió al doctor, éste comprendió inmediatamente que se trataba de un caso de operación urgente.

—Es una cosa que anda suelta dentro de mí. Unas veces me sube, otras me baja, se detiene, echa a andar, siento traqueteo y la boca me sabe a hierro.

—Es extraño, verdaderamente extraño. Porque por esas explicaciones parece como si se hubiera usted tragado un ascensor.

—Querido doctor, eso ya comprenderá que no puede ser.

—Lo comprendo, desgraciadamente para usted, que de haberlo hecho tenía dos ventajas: el tener perfectamente diagnosticada su enfermedad y el poder repetir ese hecho en circos y music-

halls ganándose una fortuna. Pero repito que, desgraciadamente, no se le habrá tragado y hay que abrirle de arriba a abajo, para ver qué tiene dentro.

—¡Caracoles!

—No creo que tenga caracoles, pero también lo veríamos.

Babilés puso su confianza en Dios y su cuerpo en manos de la ciencia para que le abriera, si era preciso hasta con murga, y le quitase aquello que se le paseaba por dentro.

La operación no era de la misma sencillez de esas otras que se realizan en el Monte de Piedad, mediando un reloj o un alfiler de corbata, y el sabio doctor que había de efectuarla, la concedió la debida importancia y quiso rodearse de toda clase de garantías. Eli-

gió a sus tres mejores discípulos para que le sirvieran de ayudantes, y con ellos, como hace un matador de toros rodeado de su cuadrilla, se dirigió a Babilés.

Los tres jóvenes alumnos aceptaron su intervención por obediencia y respeto hacia el maestro, pero contrariados porque los tres eran ardientes futbolistas y tenían que haber tomado parte en el partido de aquella tarde, como medio centro uno y como delanteros completos los otros.

Ya está tendido en la cama Babilés, ¡zis, zas!, dos golpes de bisturí y quedan sus interiores al descubierto.

—El hígado, señores; es el hígado desprendido el que anda suelto por aquí. Está hecho una pelota, y podría jugarse con él al fútbol admirablemente.

¡Horroroso! ¡Apocalíptico! No bien había pronunciado esas palabras el doctor, cuando uno de los ayudantes se apoderó del hígado y gritando: ¡Yo *chuto!*, le atizó tan tremenda patada al fragmento aquel de carne que fué a parar al otro extremo de la habitación. Allí lo recogió de un puntapié otro de los ayudantes, se lo pasó al otro, que lo largó un cabezazo, y ya en plena partida futbolística, comenzaron a disputarse el «campeonato del hígado de Babilés».

No sirvieron de nada las protestas del sabio maestro que, bisturí en mano, presenciaba la terrible escena.

—Hay empate, dijeron los alocados futuros médicos y actuales deportistas. El otro partido se jugará dentro de ocho días.

Recogieron cuidadosamente el hígado, lo envolvieron en un paño y abandonaron la clínica. Jerónimo Babilés ha tenido que permanecer ocho días con el cuerpo abierto de par en par, hasta que se ha jugado el partido de desempate, con el resultado de uno a cero.

A. R. BONNAT



Dib. SILBNO.—Madrid.

LA CIUDAD SILENCIOSA

El forastero está contentísimo:

—Da gusto: esta ciudad es encantadora... Tan rebotante de recuerdos, tan abrumada de joyas, tan tranquila... Por sus callejuelas serpenteantes no pueden pasar los automóviles, peste del peatón, ni los tranvías, que en Madrid hemos de asaltar y conquistar con la poca furia que a los españoles nos quedó de nuestro pasado belicoso... Sí, señores; me entusiasma definitivamente esta ciudad.

Y se dedica a recorrerla con remolonería voluptuosa. Las muchas y diversas maravillas de la ciudad le maravillan. Todo cuanto ve lo palpa, primero, y, a continuación, lo elogia. Posee la paciencia, la facundia, la resistencia, la curiosidad del perfecto admirador. Anda despacio, y con la misma agilidad con que mira hacia lo alto escruta lo hondo. Se hace acompañar de varios amigos para expresarse con abundante hipérbole su arrobó. La ciudad entera es un museo. Los interlocutores, aunque están familiarizados con la lisonja, se conmueven. Y entonces alguien propone hacer una excursión por la misma ciudad, pero de noche; porque lo bueno que tienen estas poblaciones atestadas de hermo-

sura arqueológica es que de día son tan seductoras como de noche, especialmente cuando hay luna. Las noches de luna, en las ciudades viejas, son inimitables, aunque los escenógrafos hayan pretendido superarlas.

Y el forastero se pierde entre la maraña de callejones y plazuelas, iluminados miserablemente por farolillos de agonizante llama que el Municipio cuida de que no dejen de agonizar para recreo de visitantes y fomento del romanticismo. La comitiva charla bajando la voz, y a lo largo de las rúas chispea de cuando en cuando una hilerita de cigarrillos. La luna coquetea mágicamente con la ciudad. La viste de novia, trueca en nácar la lepra de sus murallones, enoja su incuria municipal... La luna es, dígame claramente, el verdadero alcalde con que puede contar la población. Aquella noche primaveral se conduce tan amorosamente, multiplicando sorpresas y hechicerías, que el forastero se acuesta, con el alma y los pies abrumados, a las fantasías de la madrugada.

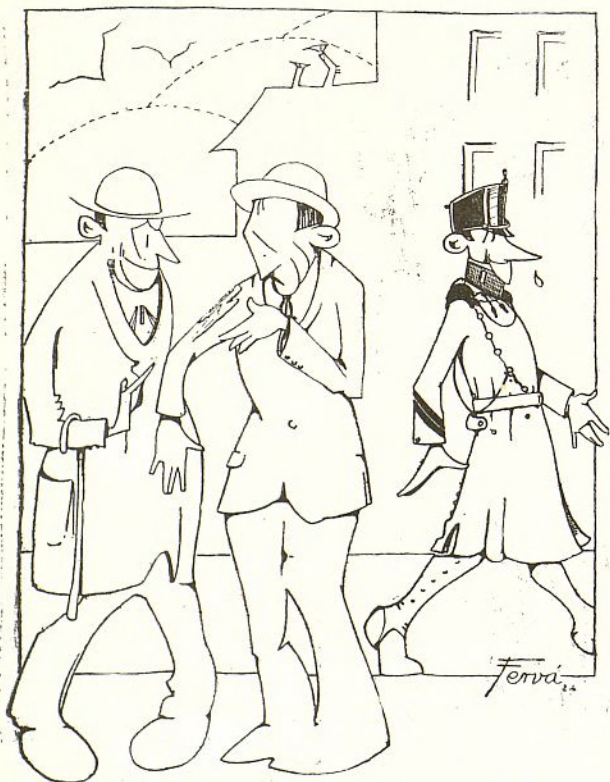
—¡Qué silencio el de esta ciudad! —ha dicho varias veces, mientras resonaban los pasos suyos y los de sus acompañantes en el tortuoso callejón.

Y todos han convenido, estrictamente, en que el silencio constituye una de las atracciones más innegables de la localidad, más que muerta, dormida...

Pero al día siguiente, es decir, a las pocas horas de haberse acostado, el forastero se despierta bruscamente. Un grito agudo, seco, acaba de rasgar la sombra nocturna. Tiene un no sé qué lúgubre, lastimero, como de pesadilla. Cuando su eco no se ha extinguido aún, torna a resonar, angustioso. ¿Es una palabra o un lamento? El forastero, asustado, se asoma al balcón y aplica el oído. Clarea ya el nuevo día. ¿Qué le sucede a esa sombra que se desliza furtiva bajo el alto alero sale-dizo? La sombra se detiene, abre la boca, emite de nuevo su dramática queja: ¡Pan! ¡Paaaan! No es un mendigo que pide sustento: es un buen vecino que vende su manufactura.

Sonriendo, el forastero vuelve a acogerse al lecho. Mas, cuando ya ronca a su sabor, un estrépito horrísono turba la paz milenaria de la hora y del sitio. Es la bocina de un automóvil que llama a algún excursionista perezoso. Retumba con procacidad de cañón; apremia con insolente audacia de despertador. El forastero da media vuelta y cierra los ojos. A poco la ciudad, renaciendo a la vida cotidiana, urde un nuevo estampido, esta vez más inexorable. Sin discernir con nitidez, el forastero se incorpora, esta vez francamente malhumorado. ¿Cuándo duermen en aquella ciudad los apasionados devotos que, por adorarla, trasnochaban? El ruido prosigue; ya el sonrosado día penetra al través de la muselina del balcón. Abajo, en la plazuela, cierto organillo toca un *fado*, y después un *fox*, con gran regocijo de la vecindad. El organillo, antaño habitual de la Villa y Corte, se ha trasladado a esta apacible ciudad, amiga del silencio. ¡Cómo lo espanta, cómo lo atropella con esta jota, que el forastero, desfallecido, ya no puede resistirlo! Son apenas las diez de una hermosa mañana azul. La maquineta de alborotar está tocando otra vez el *fado*, viejo ya en Madrid. Entonces el forastero llama, oprimiendo el timbre, para que le traigan el desayuno, mientras empieza a vestirse melancólicamente. Tiene rojos los párpados; tiene amarga la boca... De nuevo hunde el índice en el botoncito de la pared. El organillo no cesa. A los rudos y viriles sonos de la jota, el forastero se pone a hojear la Guía ferroviaria, sin que se olvide de aplastar toda la mano izquierda en el timbre, que sigue sonando allá lejos con desesperada esterilidad...

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. FERVÁ

Madrid.

—¡Vaya un manchón de cera!...

—¡Claro! ¡He pasado rozando con ese cabo!...



Victor

—¿No sabes que Pepito se casó con su cocinera?
—¿Sí?... ¿Y qué tal le va?
—Lo está friendo.

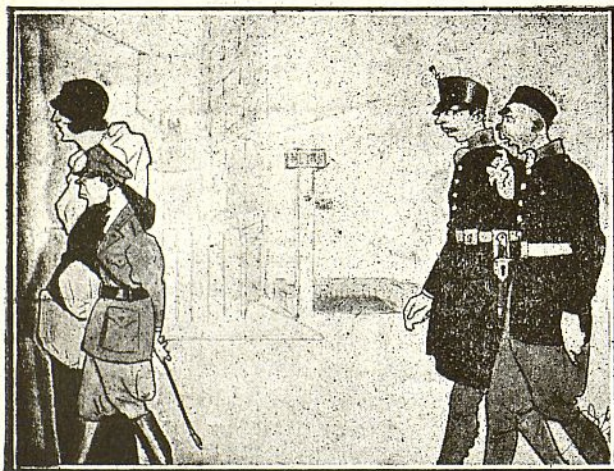
Dib. VÍCTOR.—Madrid.



Dib. BERNAD—Barcelona.

A LA SALIDA DEL CABARET

—Oye, tú que estás menos curda, ¿sabes dónde estamos?
—Mujer: en una Exposición de impresionistas...



Dib. ORTEGA.—Madrid.

EL VETERANO.—¡Mira: ahí tienes al Comandante Mayor de mi regimiento!...

— NO VALE FANTASEAR

Al que os diga que hoy tiene verbena San Antonio, al igual que en los tiempos en que yo era un chaval, sin reparo le decís que es un gran embustero.

Al que os diga que allí hay un derroche de luz viva, mandadle a paseo; porque sé que la boca de un lobo es el sol *compará* con aquello.

Al que os diga que allí hay en hileras variedad de bellísimos puestos, le decís que anda mal de la vista, porque no tienen nada de bellos.

Al que os diga que en plena verbena sólo se oyen graciosos requiebros, ¡le decís que la *Poli* no sabe cómo allí se cultiva el *ingenio*!...

Al que os diga que allí hay mucha gente pululando con orden completo, le decís que con tanto enredijo de carruajes hay mil atropellos.

Al que os diga que allí va la nata y la flor de las mozas del pueblo, le decís que allí he visto yo muchas conocidas esclavas de Venus.

Al que os diga que allí los mantones de Manila se cuentan por cientos, le decís que haga alguna rebaja... sobre que hay poca luz para verlos.

Al que os diga (respecto a esas prendas) que «en las almas se enredan sus flecos», le decís que no tomé por almas los botones; porque eso está feo.

Al que os diga que allí huele a rosas y a claveles rizados y frescos, le decís que si hay gente apiñada, a otra cosa olerá, que no es eso.

Al que os diga que allí hay gran consumo de castizos y ricos buñuelos, le decís que bastante mejores hay autores que saben hacerlos.

Al que os diga que anima la fiesta el silbato estridente, sin miedo le decís que se meta el silbato donde pueda soplarlo en secreto.

¡Y esta voz que os dirijo de alerta no es censura al castizo festejo; simplemente es que opino, señores, que a engañar nadie tiene derecho.

No, señor; porque vais de verbena para ver los encantos aquellos, y ante el chasco, a los pobres cronistas acabáis por mandarnos al cuerno.

(Por supuesto, que todo esto es broma, porque vienen San Juan y San Pedro, y en bajar a sus gratas verbenas ya veréis cómo soy el primero.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



—¿No era usted antes ciego?
 —Sí, señora; hasta que me casé...
 —¿Cómo fué eso?
 —¡Qué remedio!... La necesidad me hizo abrir los ojos. ¡Me daban mucha moneda falsa!

Dib. AREUGER.—Madrid.

RAMONISMO

CONFERENCIAS INTERNACIONALES

Hay unos caballeros—generalmente de barba corrida—que han nacido en cada país para representar a su patria en las Conferencias internacionales.

El secreto por el que se planchaban tantos los pantalones de jovencitos, arruinaban a sus padres en corbatas, estaban siempre enviando recados a la planchadora y se arreglaban todas las levitas viejas que encontraban en su camino, estaba en que iban a ser algún día representantes en los Congresos internacionales.

Quisieron otras cosas. intentaron la fama por todos los medios, pintaron, escribieron, hasta bordaron, y nada, no pudo ser, su final estaba en las Conferencias internacionales.

El caso era que iban echando un gran tipo de personajes, ascendiendo en un escalafón ideal que les conducía a la hora de las fotografías en grupos exóticos: «Don Fulano de Tal, representante de Francia en compañía de los representantes de Checoslovaquia y La Birgonia», todos de distinto tamaño, pero con pantalones de rayas, rayados según la misma pauta, y con los sombreros de copa de los entierros o de los duelos a la puerta de las iglesias.

El caso es que esos personajes futuros, van transformándose en lo que han de ser, como esos dibujos que al principio no se sabe lo que van a ser,

que parece que van a ser muchas otras cosas de las que suelen llegar a ser y que al fin sorprenden siendo una cosa tan perillesca y rancia como «representantes de la patria en los Congresos internacionales».

Ya perfectamente convertidos en primeros actores internacionales, todos esos caballeros de sornosa y sigilosa personalidad se reúnen alrededor de las grandes mesas de las Conferencias, esas mesas que son algo así como mesas de billar, magníficas mesas de billar en que se juegan las carambolas más importantes del mundo sin que nadie rompa el paño.

Lo que se forma alrededor de esas mesas es un verdadero mapa, un mapa en el que continentes, islas, penínsulas ocupan posiciones cambiadas, pues el atláide de China es Dinamarca. Las paradojas abundan en ese círculo y parece resuelta la cuestión del teléfono entre países distantísimos por como se hablan casi al oído el representante de América del Norte con el representante del Sur de Africa. El envío rápido de objetos también está resuelto por como recibe un cigarro rápido, conciso, emboquillado, por detrás de los hombros como montañas del representante suizo, el dinamarqués de manos del malayo. En esas Conferencias internacionales hay jueguecitos con las cosas que tienen una importancia capital. Es toda

una nación en inminente peligro la que juega con ese raspador que toma caracteres de sable terrible en manos de ese representante, y es como un lancero que amenaza ese que juega con la pluma como si fuese una lanza o el cuchillo que espera la carne con impaciencia en el hotel de los largos entre actos.

El pisapapeles de cristal en manos del alemán es como bala de cañón disimulada, y ese papelito con que el nervioso indio hace una cerbatana se convierte en aguda y envenenada flecha.

Las Conferencias internacionales tienen una gran fuerza contenida que arredra el destino rumoroso y multitudine de los pueblos. El destino de cada patria está detrás de la butaca de cada cual, y lee por encima de su hombro lo que escribe como ese mirón imprudente que observa las cartas del amigo desde detrás de él.

Todo es imponente en su desarrollo y cuando el birmano se anda en la nariz es Birmania la que se anda en algo así como en un túnel... ¿Esa tos? Es tos de todo un pueblo y, por lo tanto, más que tos un viento rumoroso en el fondo de los abismos de sus parajes montañosos... ¿Que se pasa la mano por el cabello el austriaco?... Pues como si el aire patrio acariciase las espesas arboledas de su país.

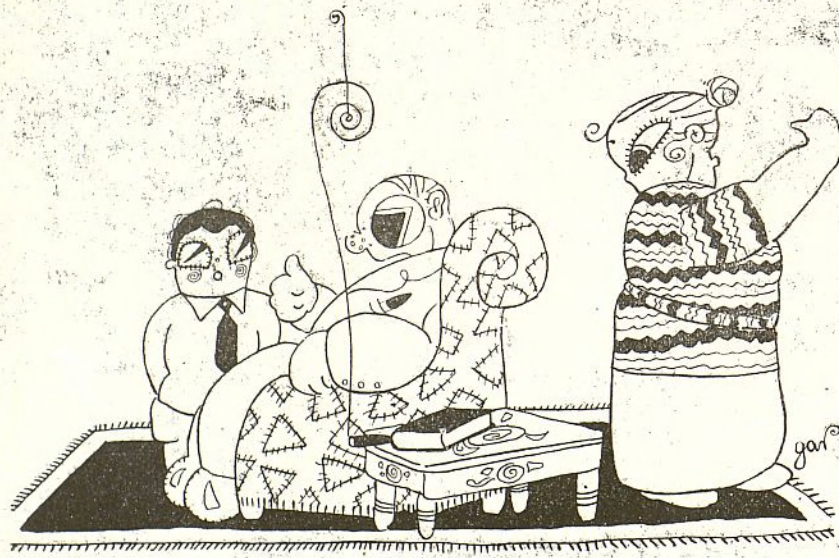
Pero el momento culminante, el momento original para el que yo he enfocado mi máquina con tanto cuidado, es aquel en que todos los representantes en una pausa dejan sus gafas sobre la gran mesa, y las dejan desparramadas, en pleno descanso, en coro de arañas que se desperezan, en miradas que se enfornan y se aduermen.

En ese acto de no mirar papeles, ni escribir nada, en ese momento anecdótico y displicente, las gafas, arrastrándose sobre el tapete de la mesa, tienen gestos que a un observador le conviene anotar, gestos de renunciación a ver, gestos de severidad y alternando con esos gestos pacíficos, otros tienen gestos de ferocidad, gestos de irse a arañar y gestos recelosos o inquisitivos.

Sobre el mapa especial de cada mesa los confabulados se aproximan a ver no se sabe qué y las gafas muerden el polvo en situación humillante. Da miedo ver tantas gafas reunidas, en espera de las graves determinaciones que han de tomar con ellas prestos los engafados buscando la cuadratura al problema universal.

Cuando las gafas descansan así sobre las mesas de billar de las Conferencias internacionales, parecen estar en pleno armisticio.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. GAR.—Madrid.

- Papá, ¿cómo se llama al hombre que tiene dos mujeres?
- Bigamo.
- ¿Y al que tiene más de dos?
- Idiota.

LOS INFORTUNIOS DE LARRUGA

(Dramático relato, que publicamos en vista del éxito que han tenido «Las desdichas de Martínez» hechas públicas en el número anterior).

I

La tragedia más enorme del mundo fué la vida de Arístides Larruga. Voy a referírsela a ustedes en varios capítulos, pero con inusitada rapidez, debido a que hoy tengo mucha prisa y no me puedo entretener en primores literarios (que, por otra parte, no me los agradecen los que debían agradecerme los, pues esta es la hora en que no me han abierto las puertas de la Academia, a pesar de lo que me urge y de lo anhelosamente que lo espero).

Cuando nació Arístides Larruga no fué dado a luz.

Nació en un túnel, durante un viaje que su cariñosa madre realizaba desde Madrid a Málaga, por lo cual la señora en vez de darlo a luz, lo dió a obscuras.

Primera e irremediable tragedia.

II

A los diez minutos del natalicio, chocó el tren con otro convoy que se presentó inopinadamente y sin avisar.

Hubo varios muertos, varios heridos y variadísimos contusos. Arístides salvó la cortísima vida de que disponía, cosa casi milagrosa que nos obliga a sentar la siguiente afirmación:

Que el niño nació dos veces... O, mejor dicho, que cuando verdaderamente pudo decir que había nacido, fué después del choque.

Segundo infortunio, pues si nacer una vez ya es una droga, nacer dos es una lamentabilísima lata.

III

Arístides Larruga creció en una huerta, ni más ni menos que si fuera una higuera o un alcornoque. A los diez y siete años comenzó a echar flores (a las muchachas guapas y robustas) y a los diez y nueve se enamoró de la hija del hortelano, pero la chica le dejó plantado a los dos días.

Obsérvese que no decimos que le plantó, sino que le dejó plantado. Y como en esta situación era como se encontraba Arístides desde su infancia, la responsabilidad de la chica queda salvada y su buena fe al abrigo de la maledicencia.

IV

La vida en la huerta se le hizo insoportable a Larruga y pensó trasplantarse. Soñó con Madrid varias noches... y muchísimas tardes, porque debemos advertir que se afizaba cada siesta que metía miedo. Obtenido el permiso paterno, no diremos que se hizo la maleta porque no se hizo más que un lío, pero el lío se lo hizo, ¡¡podemos ase-

gurarle y lo aseguramos!... La víspera de su partida, encontró en la huerta a la antes mencionada chica del hortelano, y no se sabe si por venganza, o porque la criatura estaba para comérsela sencillamente, la largó dos besos gratuitos.

La muchacha correspondió a la fineza con dos bofetadas de a folio número mil quinientos doce.

Con lo cual, supo Arístides amargamente a lo que sabían las chuletas de huerta.

V

Larruga no quiso tomar el tren para trasladarse a Madrid porque no le dió

la gana de exponerse a nacer por tercera vez.

Vino a pie, efecto de lo cual llegó a la corte lleno de callos.

¡Caracoles!

VI

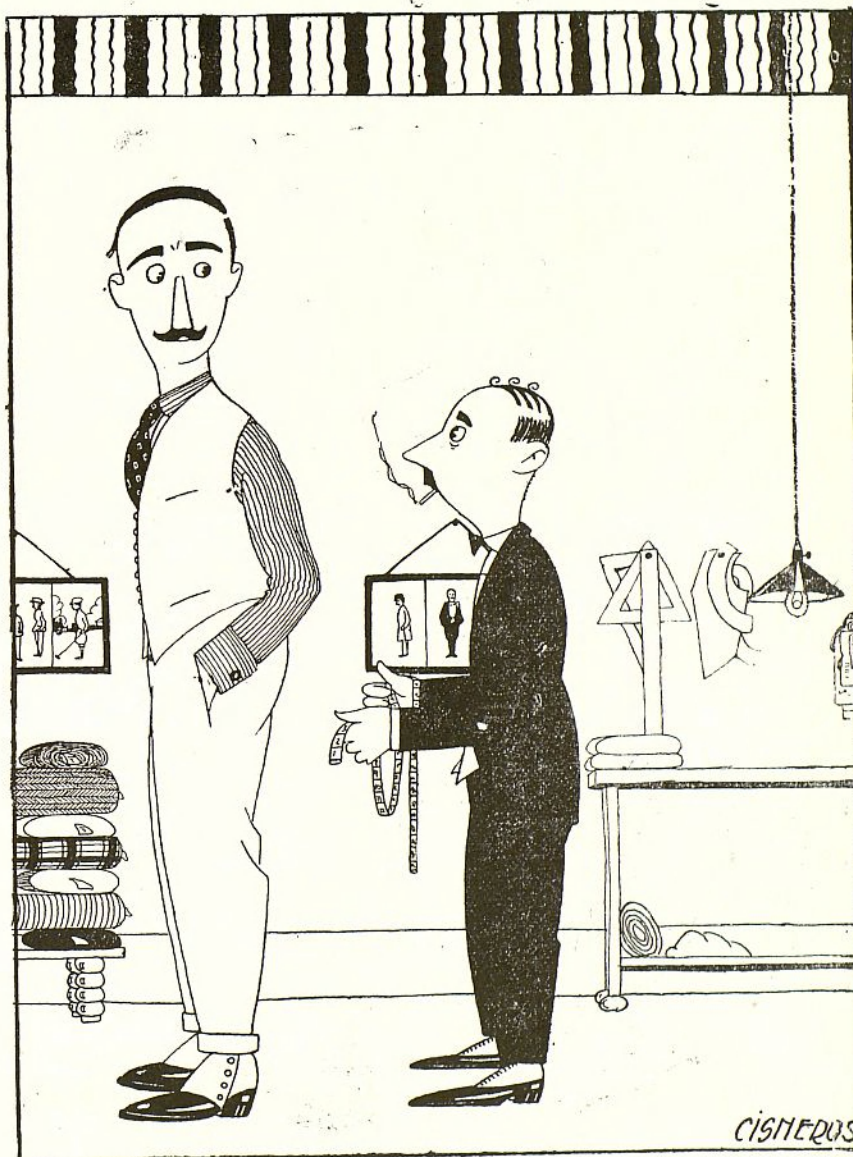
Un día le tocó la lotería.

Pero al ver la lista se volvió tonto.

Y puesto a hacer tonterías abrió un bar.

A los dos meses le concedió su mano una joven huérfana, a la que sabemos que no le gustaba Arístides, pero que se casó con él porque la gustaba el café.

Tuvieron un niño.



Dib. CISNEROS. —Madrid.

—Maestro: ¿Usted no tendrá miedo a las epidemias?

—No, señor; no ve usted que me paso el día tomando mis medidas!...

Este niño creció y llegó a mozo.
Y en cuanto fué mozo le hicieron camarero.

VII

Arístides lamentó que su hijo no sirviera para más, pero el chico le dijo indignado: «Creo que en el mundo no hay nadie que sirva más que un camarero.»

Dios, sin duda para castigar su soberbia, dispuso que el bar se quedara sin parroquia.

Y Larruga (hijo) terminó por no servir.

Pero como buen camarero, se puso de rodillas ante su padre y reconoció su injusticia pidiéndole perdón.

Arístides pasó muchas noches sin

dormir, angustiado por la preocupación que le producía la ruina de su café.

Con esto queremos decir que el café le desvelaba.

Hasta que lo tuvo que cerrar.

VIII

Un viernes la esposa de Arístides se fugó con un picador acreditado, que poseía veinte mil duros y pico... y pica.

Y el domingo por la mañana, el hijo y dignísimo ex camarero se fugó también con quinientas pesetas en plata que quedaban en el cajón. Arístides se quedó como el que ve visiones y como el que no ve quinientas pesetas que esperaba seguir viendo.



Dib. MEL.—Madrid.

—Pues sí, Rosarito, todos los días me voy al pico más alto de la Sierra a aspirar el aire puro.

—Ya se ve que usted es un joven de elevadas aspiraciones.

IX

¡Se entregó a la bebida para olvidar!
Y debemos decir que lo consiguió.

Cuando estaba borracho se olvidaba de todo.

Hasta de pagar las copas al tabernero, sabía aclitud que no tenemos más remedio que elogiar.

X

Arístides acabó pidiendo limosna.

Pero como era tierno de corazón y agradecidísimo para los favores, cada vez que cogía una perra lloraba copiosamente.

Un día resolvió suicidarse.

Con el producto de seis óbolos adquirió un revólver procedente de una testamentaría.

Se introdujo en una funeraria, Dios sabe con qué obscuro designio, y ante los atónitos ojos del dueño se pegó un estrepitoso tiro.

Y ¡¡oh, paradoja!!... Aquella misma noche hubo que poner un rótulo en la puerta de la funeraria que decía así:

CERCADA POR DEFUNCIÓN

Cosa que aún sigue asombrando a los que la leyeron, pues si una funeraria se cierra por defunción ¿me quieren ustedes hacer el favor de decir por qué narices se abrirá?

NÉSTOR O. LOPE

PIRUETAS DE CRÍTICA

LA EXPOSICIÓN HUMORÍSTICA

SENTENACH

Es lamentable la poca atención que la crítica dedica a las Exposiciones de carácter humorístico. Apenas si se ocupan de los Salones de Humoristas de Francés, y nada más.

Es preciso luchar contra esto, hacer que el humorismo sea reconocido como obra de arte. En esta lucha contra la crítica anticuada y llena de prejuicios, debemos tomar parte nosotros y hacer notar lo que, por remilgada superioridad, se deja en silencio. He aquí el caso de la Exposición humorística de Sentenach, sobre la que nada se ha dicho ni escrito.

El Sr. Sentenach es un humorista, mejor dicho, un gran humorista y, por eso, los del lado contrario no le perdonarán nunca que, con sus originales y graciosas obras, haya conseguido primera medalla en anteriores Exposiciones de Bellas Artes y sea Académico de número de San Fernando. Si el señor Sentenach hubiese sido lo que se entiende por un pintor serio, tal vez los que hoy afectan indiferencia ante su obra, serían los primeros en aclamarle. Es lo de siempre. Hay que claudicar,

darse a lo vulgar y a lo académico si se quiere conseguir el triunfo. Pero el Sr. Sentenach ha sabido conservar siempre su independiente personalidad y, lo que es más, ha logrado imponerla en los certámenes y en las Academias. Y este triunfo es el que hace callar por envidia a los que debían elogiarle.

Recientemente se ha dado el caso de que el Sr. Sentenach vea como le rechazaba un cuadro el Jurado de admisión de la Exposición de Bellas Artes, un cuadro que ya estaba colgado y que había sido muy elogiado por el conserje del Palacio de Exposiciones. Y si este cuadro no ha sido expuesto, no es sino la Envidia quien tiene la culpa.

Pero el Sr. Sentenach no podía aceptar aquella repulsa. Su arte, su pintura humorística, están por encima de cualquier jurado arcaico. El Sr. Sentenach ha tenido el bello gesto de exponer públicamente la obra rechazada para que sea el público quien reconozca la injusticia.

Y como la injusticia es bien notoria, los jurados se ven hoy señalados con el dedo como envidiosos confabulados contra el humorismo aplicado a la pintura.

Decíamos que el académico Sentenach es un gran humorista, y esto se comprueba muy claramente al contemplar la obra que nos ocupa.

La obra del Sr. Sentenach reúne todas las condiciones de una creación humorística de las buenas.

Una de estas condiciones de toda obra humorística es el asunto; esto es, que el asunto sea altamente humorístico. El cuadro del Sr. Sentenach se titula *La Edad de Piedra en España*. Es toda una agudeza de asunto.

Otra de sus cualidades, es la de llevar el humorismo a la técnica de un modo rotundo. El Sr. Sentenach se salta los viejos cánones de la pintura. Para el Sr. Sentenach no ha existido Velázquez. El humorista debe reírse de todo y ser simple en sus creaciones, dejando a un lado los viejos recursos técnicos que puedan desvirtuar la idea generadora. El ilustre académico prescinde de todo lo clásico, renuncia a casi todos los colores de su paleta. La ejecución es sencilla, la técnica es elemental. No construye sobre lo académico, sino a espaldas de él. Sus figuras, deformadas por la rotunda visión humorística, no son en nada parecidas a las formas clásicas.

En el cuadro se agrupan unas cuantas figuras de hombres primitivos. El señor Sentenach hubiese podido pintar escolásticamente a sus contemporáneos de la edad de piedra, pero ha preferido seguir ese concepto humorístico que se llama anacronismo y que con tanta fortuna ha sido empleado.

Los hombres de la Edad de Piedra podían, mejor dicho, deberían estar cubiertos de pelo. Así nos lo han referido

todos los sabios. Pues bien: el Sr. Sentenach los pone en su cuadro perfectamente depilados. Su cutis es delicado y no hay ni un pelo en todo el cuerpo de los hombres prehistóricos.

También los hombres prehistóricos de la Edad de Piedra llevan unas flechas.

Nadie ha pensado nunca en que las flechas primitivas, si se usaron en la Edad de Piedra, fueran tan acabadas y perfectas como las que llevan las figuras del cuadro.

Por último, uno de los primitivos luce, para colmo de humorismos, unas plumas en la cabeza tal como las usan los indios americanos. Si el Sr. Sentenach se hubiese olvidado de este detalle, la obra perdería gran parte de su fragancia humorística.

Este es, a grandes rasgos, el gracioso cuadro del académico Sentenach,

que ha sido admirado por algunos que han visitado la Exposición, y al que la crítica, la vieja y odiosa crítica, desdeña, como desdeña todo lo nuevo.

El cuadro, según reza un letrero, ha sido adquirido por otro gran humorista, que es el señor conde de Romanones. Menos mal que al adquirirlo se le ha reconocido su valor (suponemos que el conde no lo habrá pagado por menos) y que alguien comprende y admira al Sr. Sentenach. Y no es menos consolador y significativo que, en medio del general silencio de los fracasados, sea el presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando quien haga este honor al genial humorista de la pintura española desde la Edad de Piedra hasta nuestros días.

José LÓPEZ RUBIO



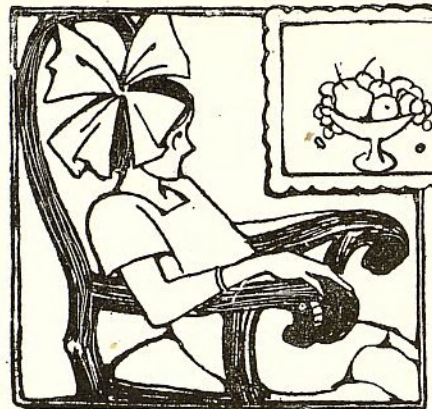
Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Por lo visto, se vuelven a llevar en París las faldas cortas... Fíjate: ahí vienen esas dos francesas que se las traen...

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1924



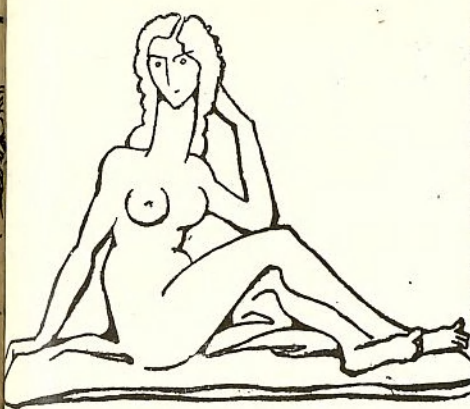
Sala II. Núm. 3.—José Aguiar.
Es un fotógrafo Ansaldo, tan raro y tan singular, que da a la gente la espalda cuando la va a retratar.



Sala IV. Núm. 117. E. Climent.
Una niña, muy triste y aburrida, que ya tiene pensado el comerse la fruta apetecida del cuadro que hay al lado.



Sala III. Número 138. Díaz Alberro.
Se necesita frescura y ser poco consecuentes para encantar las serpientes de un pueblo de Extremadura.



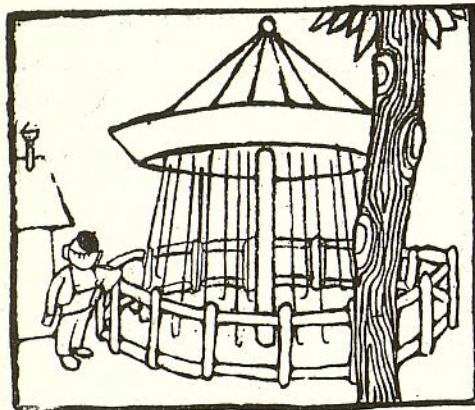
Sala Central. Núm. 702. Pérez Pérez.
Una *Venus Moderna*, que tiene el cuerpo bello y lindo el rostro y la postura ambigua, y que se diferencia de la antigua, en la más grande longitud del cuello.



Sala XIV. Núm. 161. Fernández Ardavín.
Una madre, una hija... ¿Están rezando? ¿Sufren algún dolor? ¿Tienen un mal? Pues nada de eso. Están comunicando, pero no les contesta la Central.



Sala XVI. Núm. 180. Mauricio Flores.
Nunca, nunca es mal año por mucho trigo... Nunca, nunca vi un maño con tanto abrigo.



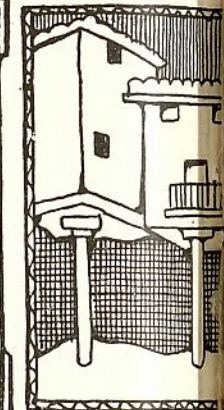
Sala XV. Núm. 243. Guiteras de Soto.
Podéis ver al tío Nelo algo apurado, porque en ese *tío-vivo* no hay estribo ni un solo sitio en que girar sentado.



Palacio de Cristal. Núm. 8. J. M. de Juan.
Más bellas que esta dama si habrá al en el mundo, lector; (gunas pero no la hay que pose ante el pintor sin que se le secasen las vacunas.



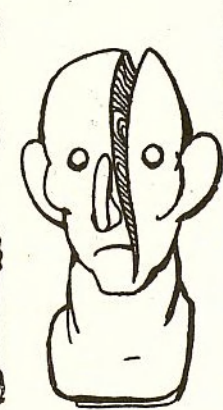
Sala V. Núm. 305. A. Mañanós.
Besuguete, horrible brujo, dejó al Obispo sin *vita*, y espera a darle otro pufo por si el muerto resucita.



Sala X. Núm. 322. M. nez Pérez.
Oye, Arte, ¿por qué empujas a aquellos que te mantienen y haces casas que se llenen en un pie, como las grullas?



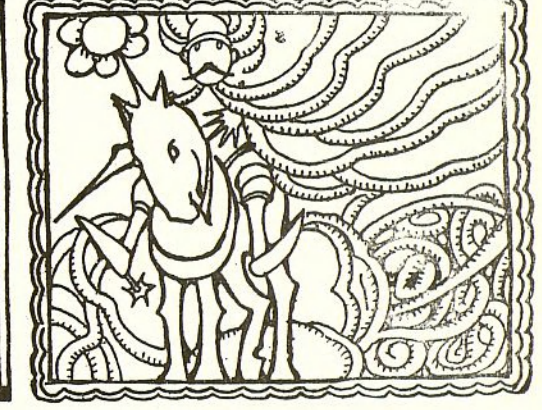
Palacio de Cristal. Núm. 412. A. Pardifias.
¡Ay! En un tiempo fué un hecho que tuve iguales los brazos. hoy me ha menguado el derecho que ya ven cómo han de tanto llevar capazos.



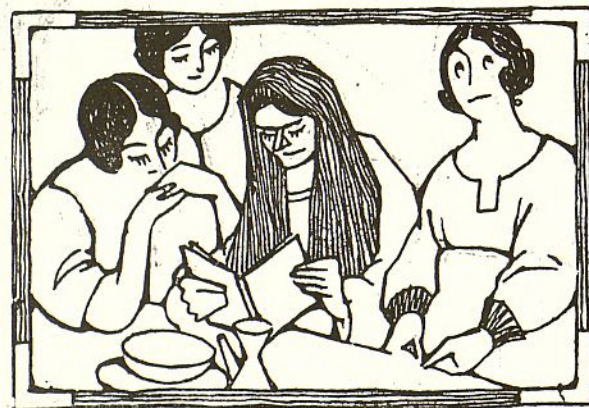
Palacio de Cristal. Núm. 639. A. Ballester.
Del Maestrazgo: ¡Ahí es (nada!) Si allí van pongan cuidado, (cho que ya ven cómo han de jado a este hombre de una pe-(drada.



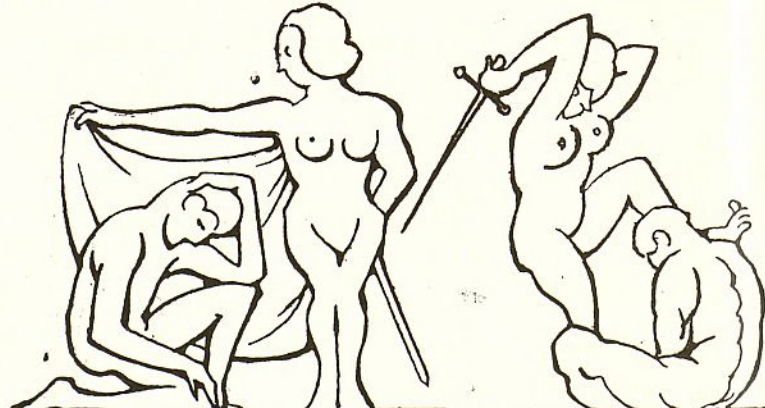
Sala XVI. Núm. 464. J. Roca.
Se titula *La dama de Castilla*, y a asegurar que es dama no me atrevo, porque más me parece una varilla de un paraguas, que hace años era (nuevo



Palacio de Cristal. Núm. 510. Jaime Serra.
Y en cambio, en éste ha querido el pintor que España sea una vasija muy fea, bien nutrida de embutido.



Sala XI. Núm. 558. C. Verger.
Señores, ¡qué trabajo les cuesta a estas muchachas saber confeccionar las sopas de ajo y los platos de gachas.
Dibujos de Barbero.



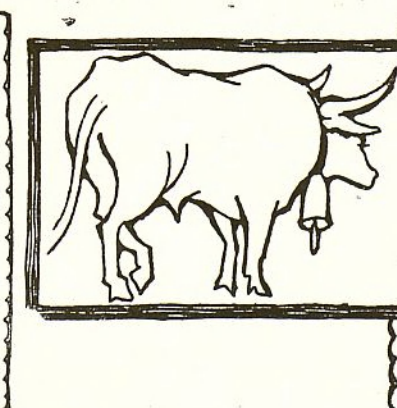
Palacio de Cristal. 643. Mariano Barrero.
¿Qué es *Poder de la belleza*? No me peta el fífulo y lo siento. Esto lo que es, es un procedimiento para pasar al foro de muleta.



Sala Central. Núm. 656. José Bueno.
Si la de antes era de muletear, ésta es la manera de descabellar.



Sala XI. Núm. 572. E. Vivó.
En tierra civilizada no hay pena como la de ésa. ¡Si será desventurada que ya no llega a la mesa!



El buby (agitando el cencerro).— ¡Muúú!!!...



Sala XI. Núm. 575. José R. Zaragoza.
—¿A qué viene ese miedo, majadera? No te asustes, mujer... ¡Mira que padecer por el buey que hay pintado a nuestra vera!

(Se continuará.)

LAS COSAS DE LOS TEATROS

MÁS ALLÁ DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Ustedes oyen a veces gritos interiores, verdaderos alaridos que no quieren emitir y que, sin embargo, brotan de dentro cual si tuviesen en el vientre un fonógrafo descompuesto y con un disco extraño... Así, como empezamos, parece que se trata de describir una afección intestinal; pero no es eso. Nos ocupamos de algo muy serio: de un drama.

Decíamos que se oyen voces dentro de uno y que uno no sabe a qué ate-

nerse ni el porqué de ese fenómeno inquietante y lleno de sonoridades: un jazz-band espiritual como si dijéramos.

Piensa usted: «Yo quiero hacer esto o lo otro», y la voz misteriosa exclama: «¡Embustero, mentiroso, cínico!»... Usted queda perplejo, sumido en un mar de confusiones.

¿A qué atribuir todo ello?

Desde luego la cosa es de una claridad absoluta y si ustedes no dan con el *quid* es que no tienen ni noción aproximada del espiritismo...

Todo esto—el insigne Benavente lo

afirma de manera terminante—no es sino la actuación sobre uno mismo de los espíritus fracasados.

Espíritus de caballeros que se estuvieron equivocando toda su triste vida y como no estaban satisfechos de tanto error—¿cómo estarlo?—vienen de pronto a albergarse dentro de uno, a pelearse con el alma que por clasificación le corresponde a cada cual y a rectificar errores pasados. Aquí de la lucha y de los alaridos.

Si ustedes van fijando su atención sobre los extremos anteriores y se empeñan en no ser unas verdaderas calabazas, bien pronto habrán comprendido punto por punto y hasta podrán envanecerse ante sus amistades explicándoles lo que significa el nuevo drama de Benavente titulado *Más allá de la muerte*.

Vaya un ejemplo, para mayor comprensión.

Usted, lector amable, es, o aparenta ser, un padre de familia honesto, amante de su prole, enamorado de su costilla, tierno con la madre política y afecto al nuevo régimen. De pronto, comienza la vecindad a murmurar de usted; su fama de hombre serio padece lastimosamente. Cuentan y no acaban.

Ve usted una chica en la calle, y apenas la vió sale usted disparado tras ella; le hace proposiciones amorosas; se complica usted la vida. ¡El caos!

La esposa pone el grito en el firmamento, y la suegra, provista de una escoba, trata de reparar las ofensas que usted hace al sagrado de la paz familiar... Todos están en un grave error al considerarle culpable.

Usted cree ser—y lo es—la misma persona decente de antes. Pero en su interior se ha albergado el espíritu de don Luis Mejía—el antiguo amigo de don Juan—que a toda costa pretende resarcirse de sus fracasos y ganarle la pelea a su rival. Eso es todo.

De lo restante del drama no hemos de hablar. Eso no lo comprende el público, ni los actores, ni lo han entendido los críticos, ni hay quien lo entienda. Y tiene una explicación.

¿Quién sabe lo que ocurre más allá de la muerte?

¿Alguno de ustedes se ha muerto alguna vez? ¿Conocen ustedes a alguien que haya dialogado en serio con un respetable *fiambre*? ¿No?

¡Entonces a qué hablar de eso si de eso no sabemos nada!

UN ESTRENO

Una vez, una judía sevillana se enamoró de un aristócrata, casado por cierto, y a cuya esposa hacía el amor un italiano bastante desaprensivo. El



Dib CAMUS.—Madrid.

—¡Una perrilla, señorito...!
—¿Cuál de ellas?

aristócrata comenzó a desdénar a la judía conversa, y en una ocasión, con motivo de las procesiones de Semana Santa y mientras el italiano andaba viendo la manera de hacerle la *faena* a su amigo, la judía, que estaba *cargada* de los desdenes de su novio antiguo y cargada con una cruz de madera bastante grande, dió al aristócrata lo que ahora hemos dado en llamar el *mitin*. ¡No pueden ustedes hacerse una idea! ¡Qué escándalo!

Por buenas componendas se dió la fórmula de que la escandalosa estaba embrujada, y para que fuera aliviándose el Santo Oficio la metió en prisión.

El incidente podía haber terminado aquí; pero como al italiano lo que le convenía era el barullo, no descansó hasta que el aristócrata logró sacar a la judía de la mazmorra y escaparse con ella.

Esta es la comedia poética que se titula *La embrujada* y se estrenó noches pasadas en el teatro del pasadizo de San Ginés.

Esto, unas músicas, unos cantos, unos ripios, unos bailes, unos trajes fantásticos, unas decoraciones extrañas y algo de buena voluntad por parte de todos, supone un éxito teatral, que es lo que obtuvo *La embrujada*.

EN LA SOCIEDAD DE AUTORES

—¡Sí! ¡No!
—¡No! ¡Sí!
—¡Regular! ¡Peor!
—¡Que se vayan! ¡Que se quede!
—¡Que se quede! ¡Que se vayan!
—¡A presidio! ¡Morrales!
—¡A la horca! ¡Esperpentos!
—¡Canallas!

—¡Infames!
—¡Pido la palabra! ¡No quiero la palabra!

(¡Pum!, ¡zas!, ¡pliff!, bofetadas, palos, puntapiés.)

—¡Que sí! ¡Que nooo!

—¡Que nooo! ¡Que sí!

—¡Pido la palabra!

—¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo!

(Todos piden la palabra.)

—¡No! ¡Sí! ¡No!

—¡Sí! ¡No! ¡Sí!

(¡Pum!, ¡zas!, ¡pliff!, bofetadas, puntapiés y palos.)

He aquí una versión exacta de las sesiones celebradas en días anteriores por la Sociedad de Autores para tratar del nombramiento de gerente, recaído sobre el popular Paco Meana.

José L. MAYRAL

CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

Continuamos hoy, y continuaremos la semana próxima, y seguiremos el mes que viene, y el año inmediato, y los que vengan después, y es fácil que así continuemos hasta el siglo XXI, estampando en nuestras columnas la dilatada serie de amables respuestas que nos proponemos dar a los numerosos señores que nos han escrito solicitando nuestro paternal consejo en una porción de conflictos, problemas y dudas que se les han presentado, según ya tuvimos la honrosa comodidad de decirles a ustedes en uno de los anteriores números si no recordamos mal, que creo que recordamos bien.

Inútil nos parece repetir que cuantos señores, señoras, señoritas, sacerdotes, cobradores del tranvía y otros seres excepcionales, deseen conocer nuestra opinión sobre los asuntos que les preocupan, no tienen mas que escribirnos una carta y serán complacidos de una manera rápida, fulminante y baratísima. Los que no sepan escribir, pueden consultarnos por teléfono (suponiendo que sepan hablar) y serán igualmente atendidos, si bien cariñosamente amonestados por no haber ido a la escuela a su debido tiempo.

Para todos tendremos un consejo, una solución luminosa, una advertencia leal o una frase de felicitación o de condolencia (según pinten oros o bastos). Nadie se irá sin lo suyo y todos quedarán encantados y sonrientes de nuestra perspicacia, de nuestra certera visión de la vida y de nuestra profundísima experiencia, gracias a las cuales verán resueltas sus dudas de un modo que les dará casi miedo.

Y la demostración pueden ustedes verla en las ligeras respuestas que van debajo de todas estas consideraciones que quedan escritas arriba.

JORGE GARGALLO. MADRID.—Usted no tiene, a nuestro humilde entender, más solución que matar al casero.

Nuestro consejo se reduce a que cometa usted el crimen en voz baja y sin que se entere nadie. Sin embargo, debe usted procurar que el casero sí se entere, porque si no se entera de que usted le mata, la venganza de usted no tiene la gracia debida. Con objeto de despistar, y para que nadie sospeche de usted, una vez descrismado el dueño de su indecente vivienda, márchese al teatro con la señora y los niños. Suponemos lo que usted va a decirnos: que se necesita mucho más valor y heroísmo para ver una comedia de las que ahora se estrenan que para asesinar a una persona. ¡No importa, vaya usted al teatro!... Ahora bien: no pida usted la cabeza del autor, porque ese sería un dato para juzgarle a usted como hombre sanguinario y sospechar que tenía usted participación en el crimen.

Aparte de que pedir la cabeza de un autor es una tontería, porque la cabeza de un autor generalmente no sirve para nada.

INÉS CERNUDA. SEVILLA.—Si su novio no quiere casarse con usted, después del impertinente suceso que usted nos refiere, no le quedan a usted mas que dos caminos: precipitarse por el balcón o dedicarse al cuplé.

Como resulta que usted vive en un entresuelo, lo mejor es que debute en Maravillas. Y juzgando por el retrato que usted nos remite, podemos asegurarle que el *debut* también es un suicidio, quizá mayor suicidio y mejor que el otro. Ya lo verá usted misma.

CALIXTO MELÉNDEZ. VITORIA.—Su pregunta nos trae un poco demente: hace unos cuantos días. Pero, a pesar de

todo, la contestaremos según nuestro leal saber y entender. La merluza generalmente se come.

No obstante, hay merluzas que se comen y hay merluzas que se beben. Es el único alimento con el que se verifica ese doble aspecto que tanto le preocupa a usted.

JUAN SÁNCHEZ. ALBACETE.—Sí, señor. No le han engañado a usted. D. Joaquín Sánchez de Toca es un hombre finísimo. Le referiremos el siguiente caso, que lo demuestra: un día, en el Congreso, le dijo un diputado:

—¡Señor Toca! ¿Esa nariz, es de usted?

Y contestó D. Joaquín, dirigiéndose al que preguntaba y a los cuatrocientos diputados restantes:

—¡Y de usted!... ¡Y de usted!... ¡Y de usted!... ¡Y de los demás!..., porque para todos hay!...

ISAAC SANZ. MADRID. Conformes, de toda conformidad, con usted en que su amigo Isidoro Cola, ha hecho mal en galantear a su esposa. Pero no estamos de acuerdo en que usted le pegue en público.

Reflexione que si se pega usted con Cola, se van a reír las tripas los transeúntes.

El honor es sagrado, pero el ridículo sería inmarcesible.

TOMÁS TOMÉ. CORUÑA.—Está usted lastimosamente equivocado. Los que se bañan en el mar Negro no se tizan. Lo que pasa es que, cuando los que se bañan son negros, suele haber confusiones lamentables. Por ejemplo: la de darle la mano a una oia y decirle: ¡hola! ¿qué tal?, confundiendo a un zulú amigo o con un entrañable congolés que anda por las inmediaciones.

ERNESTO POLO

PROBLEMAS SIN RESOLVER

¿POR QUÉ NO SOMOS PIROPEADOS
LOS HOMBRES?

Aunque viva años y años no resolveré este problema horrible: ¿Por qué son piropeadas las damas y no somos piropeados los caballeros? La cosa tiene más miga que un pan de dos kilos.

Es indudable que las señoras son piropeadas. No vamos a extendernos en una divagación sobre el piropo, porque eso nos llevaría tan lejos que regresaríamos muy cansados; pero sí sentaremos la afirmación rotunda de que a las mujeres se las piropea con gran minuciosidad. Todos hemos asistido a esos homenajes rápidos, más imbéciles que un cuplé de moda, y todos hemos oído algunas incongruencias, hijas políticas de la anemia cerebral de quien las pronunció. Porque tampoco puede negarse que el piropo suele ser incongruente. Lo natural sería que sólo piropease el hombre ingenioso; pero el hombre ingenioso no piropea casi nunca, porque, por lo común, es más serio que una lección de Derecho Político y va por la calle con una cara que hace pensar en que es dispéptico o en que ha matado a su padre haciéndole oír una conferencia radiotelefónica pronunciada en Birmingham.

No. El hombre ingenioso no piropea. Piropea el dependiente de tiendas de seda, el ultramarino, el carnicero que va con la cesta de repartir al hombro, el vendedor de perchas para colgar la ropa, los seres, en fin, que tienen por cabeza un alfiletero. Y sólo de tarde en tarde, se oye un piropo aceptable, que son los que dignifican el género:

—¡Ande, hija! Que tiene usted una piel como para hacerse un manguito.

—Me gustaría que fuera usted una mujer de mal genio para que tuviéramos una agarrada... y no nos soltásemos en un semestre.

—¿Por qué no seré yo del Catastro para estudiar ese desnivel?

—Tiene usted más movimiento que los almacenes París-Madrid.

—¡Vaya un tacaneo para un día de estreno!

—En ese nacimiento me acercaba yo al pesebre.

—¡Señores! ¡Qué curvas para tomarlas a toda marcha!

Etétera, etétera.

Si el piropo es gracioso y limpio, debemos abogar por el piropo, porque siempre resulta preferible que le digan algo alegre a una muchacha, a que se la lleven diez gramos de carne de un pellizco, como hacen algunos patazones.

Ciertamente que esa fruta—a veces un poco indigesta—que se llama mujer lo merece todo, porque es lo único que

compensa un poco de las miserias de este tute arrastrado, que es la vida; pero, la verdad, no hay razón para que no se proceda igual con los hombres, para que no seamos piropeados nosotros también.

Me atrevo a lanzar esta proclama a las señoras en la seguridad de que me atenderán, porque en punto a bondad suelen ser un abogado defensor. Es necesario, es preciso que los pobrecitos hombres gocemos de las dulzuras monacales del piropo.

Pues ¿qué? ¿No merecemos eso nosotros? Entre las mujeres hay ejemplares magníficos; pero entre los hombres hay ejemplares como para encuadrarlos en piel de Rusia. En esta casa de Buen Humor, por ejemplo, los hay estupendísimos. Ahí está nuestro director que tiene unos ojos de una negrura de capilla ardiente; ahí está Ernesto Polo que, recién afeitado, es tan bonito que está pidiendo la lata conservadora; ahí está Agustín Bonnat, con unas pestañas tan tupidas que le basta cerrar los párpados dos veces para producir un vendaval de esos que tiran las chimeneas; ahí están Pepe y Paco López Rubio, granadinos ellos, con unos ojos de niñas azules, que son unas niñas como para raptarlas; ahí está K-Hito, con un oído tan fino que a la centésima audición se aprendió *El gitano*; ahí está Mayral, que tiene un pelo alborotado que enloquece a las otoñales; ahí está Pérez Zúñiga, que se atusa el bigote de una forma irresistible que aprendió de Wifredo el Velloso; ahí está Antónito Barbero, con una nariz respingoncilla que invita al mordisco; ahí está Ramírez Angel, con su cutis oriental de bayadero; ahí está Garrido, que de chulo que es se peina con un número de la *Revista de Occidente*; ahí está Tono, que se pasa la vida proyectando un negocio misterioso en el café Europeo y que tiene una voz que parece el sonido de una guzla, y Ramírez, más elegante que un bostezo; y Ramón, con una dentadura que da vértigos, y un servidor de ustedes, con una figura arrogantisima, y tantos y tantos hermosos jovencuelos que sería prolijo enumerar. ¿Es que nosotros no nos merecemos que nos piropeen? ¿No merecemos que nos digan, por ejemplo:

—¡Ay, que chico para tomárselo con cucharilla!

—¡Quien fuera Gillette para acariciar ese cutis todos los días!

—¡Me gusta usted más que los productos Cutex!

—Aunque no use usted pulseras, ¿me quiere usted de esclava?

—Es usted un pollo como para un menú palatino, o alguna otra cosa parecida?

¡Sí, lo merecemos!

Anímense, señoras. No comprendo porqué no nos piropean a nosotros.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

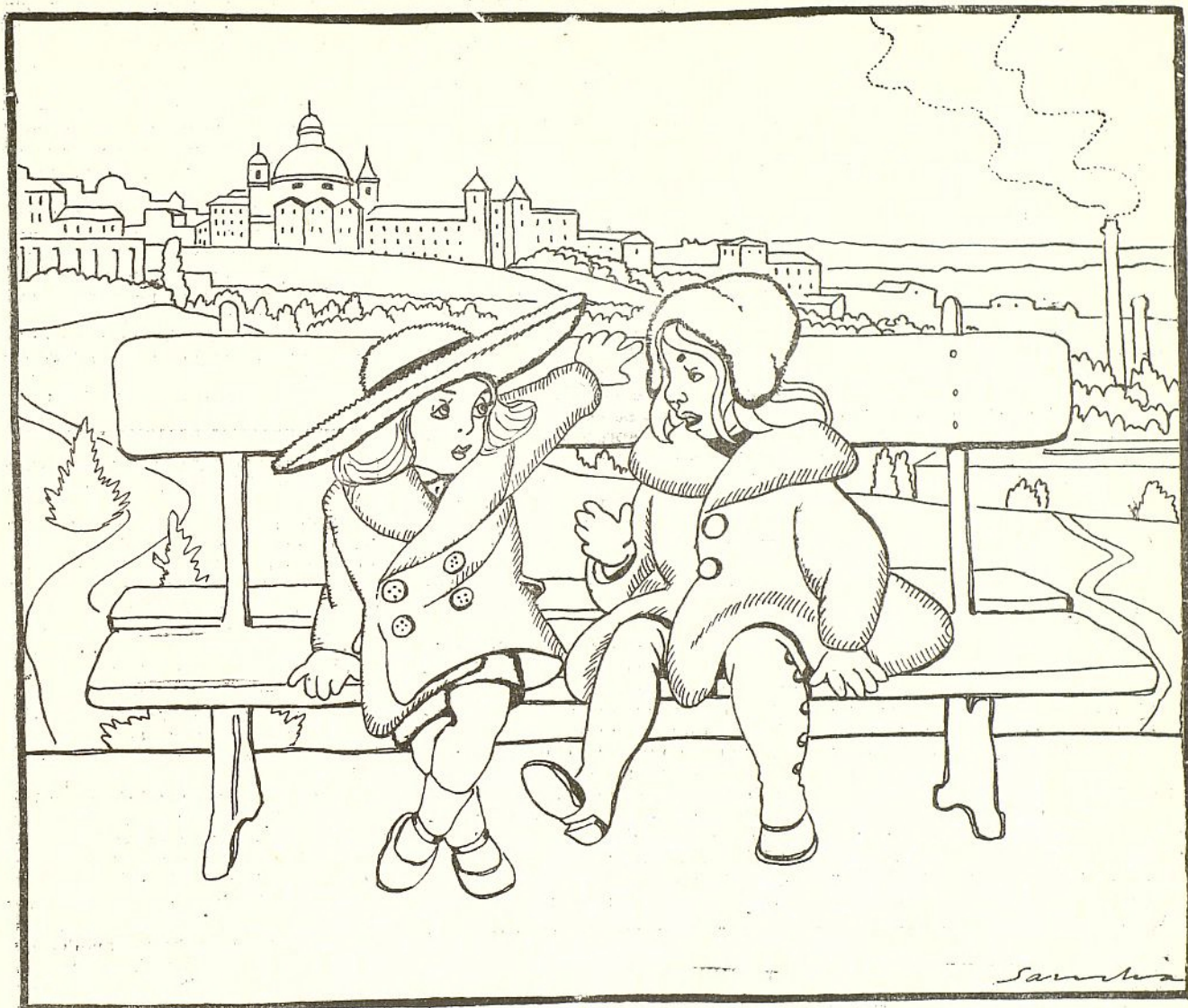


Dib. DIEGO.
Madrid.

—¡Caramba, Nepomuceno! ¿Qué haces aquí en Madrid?

—Pues pintar...

—Ya lo oyes, Rupertita... ¡Parece mentira: con lo trabajador que era su padre!



Dib. SANCHA.—Madrid.

—Dice mi papá que la luna es mayor que Madrid.
 —¿Y qué sabe él?
 —¡Anda, según mamá, papá está siempre en la luna!

LAS MARAVILLAS DE LA RADIO

Yo tuve un compañero de oficina, Bordallo, que era un hombre verdaderamente primoroso. Tenía una letra inglesa preciosa y hacía una letra vuelta para epígrafes, avisos y, en general, para todo trabajo delicado de la oficina, que en ocasión de unos carteles ordenando el uso inexcusable de las escupideras, tuvo un éxito tan considerable de calígrafo, que el propio jefe inmediato le felicitó oficialmente. El fué el inventor de unos rosarios hechos con huesos de aceituna aliñada, que tenían la propiedad de incitar al rezo a

los borrachos y juerguistas con el inextinguible vestigio oloroso del aliño, que, perdurando en las cuentas del rosario, les atraía primero, recordándoles su perniciosa afición, y luego les hacía musitar un ave. Concibió y llevó a la práctica con gran resultado la butaca-cómoda. No se trataba, por supuesto, de una butaca en la cual pudiera uno tenderse más a la bartola que en otra, sino de un ingenioso mueble que era cómoda y dormilona al propio tiempo. Los brazos, que él llamaba lascivos porque eran de una blandura

y una suavidad que parecían los de una apasionada de diez y nueve años, tenían un secreto que descubría unos preciosos y amplios cajones muy a propósito para guardar dinero o alhajas, ahora que los Consejos de administración de los Bancos disponen hasta de la consignación para el fránqueo, demostrándose la mayor seguridad de tener los intereses en una butaca que en un banco.

En las imitaciones era notable. Imitaba el cacareo de la gallina ponedora con una exactitud que daba gana de

reforcerle el pescuezo. Dándose el caso de que las propias vacas le contestasen amorosas cuando imitaba al buey. En fin, que era un estuche, y que siéndolo fué natural que al llegar la aparición de la radio se pusiera inmediatamente á la construcción de un aparato para oír a través de las ondas.

Tenía una mujer, Tula, su esposa, preciosa hembra que era la admiración de propios y extraños, que no sé si por falta de virtud o porque Bordallo no la atendiera lo suficiente, entregado a sus trabajos, pero que era notorio que le engañaba, aunque, claro, como ocurre generalmente en estos casos, él lo ignorara. Tal vez fuera el único, pero es lo cierto que mi compañero vivía ajeno al deshonor que se cernía sobre su apellido.

La construcción del aparato radiotelefónico le produjo mucho trabajo a mi amigo. Lo fabricó de los de lámpara, pues su idea era oír Inglaterra, y la estación creyó él construirla para alcanzar a recoger la onda inglesa. Pero la verdad fué que no pudo conseguir oír ni un acorde del *jazz-band* de Manchester ni aun un discurso en inglés por un pastor versando sobre la honorabilidad de las familias de las abejas en relación con la disminución del producto en las colmenas en Checoslovaquia. Y el aparato parecía perfecto y lo rectificaba continuamente, y puso una antena en el balcón y lo derivó a la pata de la cama y luego al grifo, y nada, no oía ni unos acrobatisms de ocarina que, a costa de grandes sacrificios, había anunciado en la Prensa la «Sociedad radiotelefónica de aficionados de España y sus colonias».

Algunos amigos y también técnicos en la materia le dijeron que está de-

mostrado que hay puntos muertos donde no llega la onda, y que tal vez su domicilio estuviera en esas condiciones. Llevó el aparato a casa de distintas personas por ver de oír, y aunque se pasaba horas y horas con los auriculares puestos, era inútil.

Bordallo se quedó hasta más delgado; aquello era ya cuestión de amor propio; a él le constaba que el aparato era perfecto.

Un día fué a casa de un compañero de la oficina, que era por cierto uno de los más entusiastas de su esposa, y como había confianza suficiente y además el empleado era soltero y vivía solo en el cuarto, se presentó una tarde con su aparato, rogándole le permitiera oír desde allí, por ser la calle donde estaba la casa zona en la cual no había hecho su experimento.

El amigo se sorprendió algo y no agradablemente, como de sobra observó Bordallo, pero era tanto su deseo de coger la onda, que fingió no darse cuenta y se instaló con su estación, calóse los auriculares y se dispuso a esperar pacientemente.

El dueño de la casa le dejó para que pudiera más en la soledad escuchar sin ruido.

Pasó un gran rato, y nada, más tiempo, y la desesperanza y la desesperación le acosaban. De pronto oyó un rumor. Se iluminó su cara; se afianzó los auditivos, aguzó el oído.

Aunque muy confusamente, pudo cerciorarse de que lo que oía no era música. Era hablado. Lo percibía cada vez más claro. Sería tal vez un discurso del presidente, pensaba él. Se bañaba en agua de rosas por haber conseguido oír.

Por fin oyó claramente:

—¡No, no, de ninguna manera; que nos puede oír mi marido, que está ahí mismo en esa habitación!

—¡Es Tula, es mi esposa!—rugió Bordallo, saliendo de la habitación y arrastrando el aparato colgado de su cabeza por los auriculares y moviendo en su huida la cama donde derivaba un hilo—. ¡Me engaña! ¡Me engaña!

Enterado Bordallo de su deshonor, fué lo suficientemente digno para separarse de su esposa, y cuando alguno le afeaba que siguiera con su afición a la radio después de lo que le había ocurrido respondía:

—¡Si no hubiera sido por la telefonía nunca hubiera sabido la infidelidad de mi mujer!

ANTONIO PLAÑOL

OTRO RESPONSABLE DE ALTURA

—¡Pido la palabra! ¿Para qué? Para dirigir una pregunta a quien corresponda, como se decía «in illo tempore» (esto que digo me parece que es *el Evangelio*) cuando funcionaba ese arcaico caserón de los leones a la puerta y de los zorros dentro, denominado ¿Cámara de los Diputados? Sí, éste era el apodo, si mal no recuerdo. Pero dejémosle a un lado (no quiero nada con un «perdis» que se quedó «al mediar la carrera» y vamos al «lobanillo», es decir, al bulto.

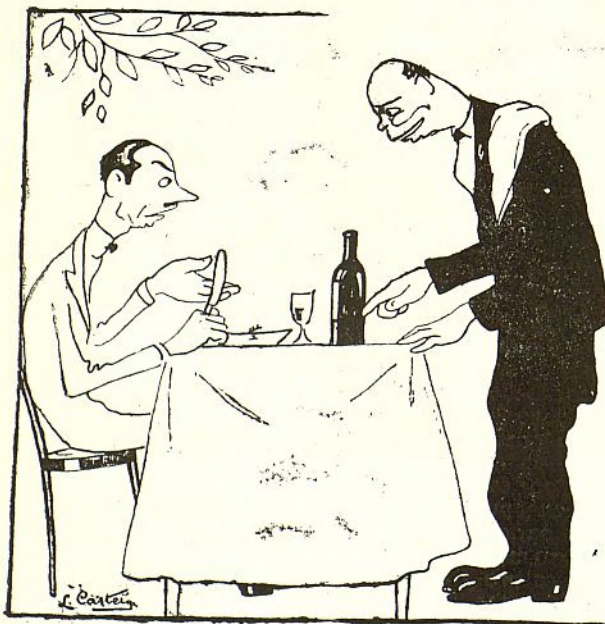
La pregunta que voy a dirigir a quien corresponda es la siguiente: ¿En qué fecha pueden aligerarse de ropa los «madrileños» sin exponerse a que la temperatura ésta se lleve «al Este» a los que son del Sur, y a las otras Sacramentales a los que son de las otras... de las otras zonas españolas? ¿Hay algún adivino (adivino que no lo hay, ¡ay!) que pueda anticipar a los «madrileños»—no es alusión, señores habilitados—si al llegar la noche se habrán tomado un ponche o un sorbete? ¿Si han de ir sin chaleco o han de llevar bufanda? ¿Si han de dormir encima de la cama, por el calor, o con la cama encima, que todo es poco si el frío es mucho?

Esa, lector, es la pregunta (Dios quiera que «la respuesta no sea un trancazo».)

¿Que de quién es la culpa? A eso voy, precisamente. Y ahora que se habla sin cesar de exigir responsabilidades de toda índole—civiles, militares, políticas, etc.—, no estaría de más pedir también que se exijan las responsabilidades... atmosféricas.

¡Ah! ¿Se burlan ustedes? ¿Es que Febo, el hermano de Diana, no incurre en responsabilidad al dejarnos sin el calor que tenemos con él *contratado* todos los años por este tiempo? ¡Naturalmente que incurre!

Fiados en su palabra, numerosos horchateros, dueños de quioscos re-



Dib. CASTEIG

Alicante.

—Pepe: este pescado está incomible; una verdadera porquería...

—¡Ganas de quejarse!... Lo trajeron al mismo tiempo que el que se comió el señorito hace ocho días, y entonces lo encontró tan rico...

frescantes, aguaduchos y demás industriales de ocasión, aventuraron unos miles de pesetas, las cuales veo perdidas sin vuelta de hoja. (Y conste que esto de «la hoja» no lo digo por mortificar a ninguna de las susodichas «licurcias».) Ello es que esos infelices revendedores (si es que puede haber algún revendedor infeliz) confiaron en que el dios del caballo alado no se «apearía por las orejas» del modo que lo ha hecho, lesionando sagrados intereses. Y la verdad, bien está que el sol sea el padre «que nos caliente»; pero ¡caray! que no «lesione»...

Y claro es que lesiona, en tanto el tiempo no se afirma. Veamos. El otro día hablé con un horchatero amigo, quien se lamentaba, y con razón.

—¿Qué? ¿Viene gente?... —le pregunté.

—¿Gente? Por este paseo no se ven ni guardas. Días atrás sentóse en ese velador un individuo. Pero, sentarse él y levantarse un cierzo pulmoníaco todo fué uno. Le dije que si quería horchata y me contestó: «Oiga, amigo, eso de la horchata... debe ser «chufa». Si instala usted aquí calefacción, puede que nos entendamos».

—¿Y qué tomó entonces?

—Lo único que tomó... fué la palabra y disertó extensamente para demostrarme que estas insólitas temperaturas obedecen a que la tierra se arruga. Luego pidió un ponche caliente. Se lo serví y el hombre siguió disertando.

—¿Ve usted?—dijo, mientras trazaba una circunferencia sobre el velador, y sin hacer caso del ponche—. Esto que ve usted aquí es la tierra. Bien. Pues esto—prosiguió orondo—envejece. Esto—la tierra—se enfría...

—Y eso también—dije señalando al ponche.

Entonces, el hombre, a quien mi argumento convenció más que a mí los suyos, cogió el vaso y lo apuró de un trago. Y se marchó, porque sintió que se enfriaba él, y eso le importaba más que no que se enfriase la tierra... Pero a lo que iba—repuso mi amigo. Y es a que ese sujeto ha sido hasta la fecha el único cliente de este año.

Y yo digo: ¿Tienen o no razón esos damnificados, para, al ver el paseo con poco sol, mandar al sol a paseo?

En suma: que este fresco—no es el único, lo sé lectores—que sufrimos los madrileños aún en pleno verano, merece que pidamos un suplicatorio al Olimpo para procesar al dios de la luz—por mal nombre Apolo—y exigirle, en representación de los horchateros, la debida indemnización.

¿Que va a ser difícil «enchiquerar» a un señor que está en las alturas? Es verdad, lectores. Por la sola razón de que a otros que son más responsables que Febo no hay quien los «enchiquere», a pesar de que están a mucha menos altura...

MIGUEL DE CASTRO

UNA DE SOMBRA BERÚLEZ EN LA COLA

En el despacho de localidades para los toros hay cola. Una larga hilera de gente, pegada a la pared, se mueve como rabo de lagartija. Es en la calle de Sevilla, a las nueve de la mañana. De los primeros en la cola está Berúlez, que lo mismo protesta por el fracaso de los españoles en la Olimpiada que por un «pegolete» de Chicuelo. Al lado de Berúlez hay un señor de hongo y un aficionado. Pica el sol, y de vez en cuando hay bronca.

BERÚLEZ.—¡Maldita sea! Dos horas llevo aquí...

AFICIONADO.—¡Eh, amigo! ¡La Java, no!

BERÚLEZ.—Dos horas al sol, para comprar una de sombra.

AFICIONADO.—¡Y luego pa que no se arrimen!

BERÚLEZ.—Usted lo ha dicho. ¡Somos borregos!

EL DEL HONGO.—¡Beeeeeeee!

BERÚLEZ (al del hongo).—¿Es usted tonto?

EL DEL HONGO.—Aficionado... como usted.

AFICIONADO.—Oiga, aquí no hay lana.

EL DEL HONGO.—¡Beeeeeeee!

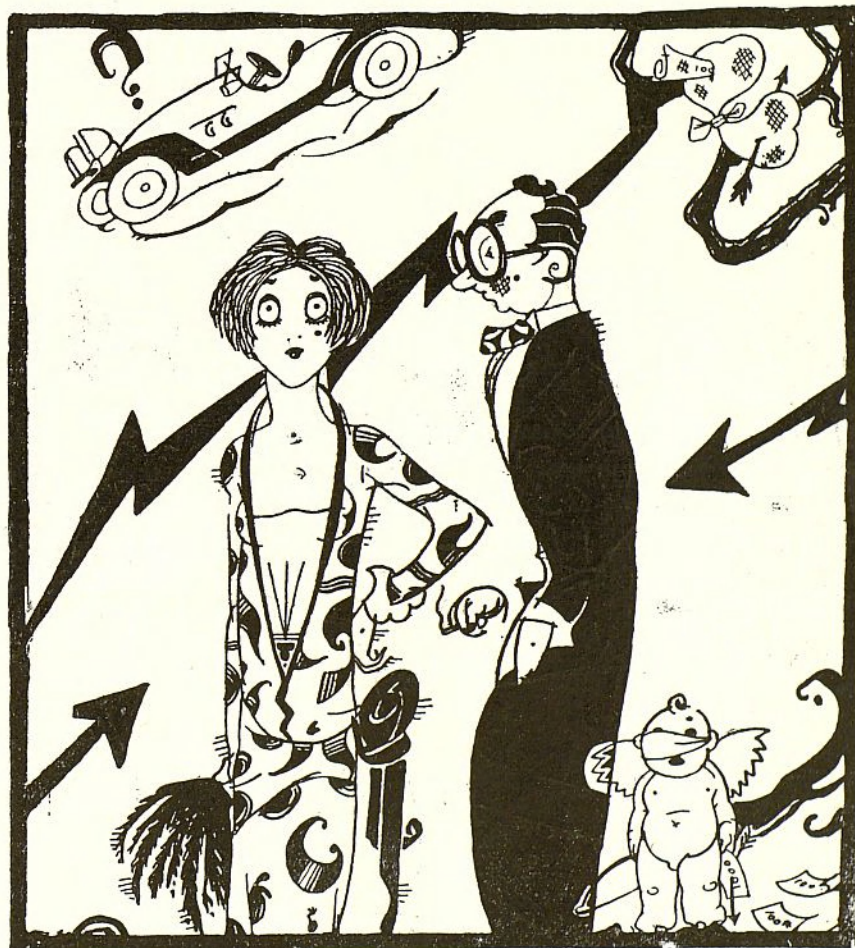
AFICIONADO.—¡Mi madre! ¡A este tío me lo como! ¡No me sujeten!

VOCES.—¡A ver, guardia! ¡Ese hombre!...

AFICIONADO.—¡Ese tío! ¡Que me está balando! ¡A mí!

EL DEL HONGO (por Berúlez).—Porque ese señor ha dicho que somos borregos.

BERÚLEZ.—¡Y lo somos! ¿No es una



Dib. ZAPATA.—Madrid.

—Tengo que hacerte una confesión muy grave. Has de saber que estoy casado...

—¡Ay, qué susto me has dado! ¡Cree que me ibas a decir que el automóvil no era tuyo!

vergüenza esta cola? Una «cola» pegajosa de padres de familia. ¡Hombres con más años que los pantalones de Weyler esperando para «sacudirse» dos duros, para ver bailar el fox a cuatro niños «bien»! ¡Lo dicho! ¡Borregos!...

Todos.—¡Beeeeeeeeeeeee!

AFICIONADO (a Berúlez).—¿Por qué no se ha quedado usted en casa?

Berúlez.—Me molesta el calor del hogar.

AFICIONADO.—¿Tiene usted calefacción todavía?

Berúlez.—Y ascensor... y vergüenza, mucha vergüenza; lo que no hay en la suya.

AFICIONADO.—¡Su respetable abuela! ¡Yo lo mato!

Berúlez.—¿Es usted la gripe?

Uno.—¡Guardia!

Otro.—¡Que me ha pisao usted!

Otro.—¡A la cola no se traen juanetes!

Otro.—¡Traigo lo que me da la gana!

Otro.—¡Usted allá; pero se los pisan!

Voces.—¡Han abierto!

Berúlez es el primero que mete la cabeza por la ventanilla del despacho.

Los colistas respiran tranquilos.

Berúlez.—Una de sombra.

EMPLEADO.—No quedan.

Berúlez (sin hacerle caso).—De sombra, sí.

EMPLEADO.—No hay, señor.

Berúlez (apretándose el flexible).—¡Sombra!

EMPLEADO.—¡¡¡No hayyyyy!!!

AFICIONADO.—¡Es usted más sordo que don Pío! ¡Que no hay sombra le han dicho! ¡Que se compre usted una sombrilla!

Berúlez.—¿Cómo?

AFICIONADO.—¡Que se compre usted un toldo!

Berúlez.—Yo me juego el «toldo» por el «toldo» a que hay sombra. (Metiendo la cabeza.) ¡Sombra!

Voces.—¡Que se vaya!

Uno.—¿Por qué? ¡Está en su derecho!

AFICIONADO.—Lo que está es estor dando.

Berúlez (implacable).—Una entrada de...

AFICIONADO.—¿Se quiere usted quitar ya, amigo?

Berúlez.—¡No!... Y otra vez cuando me hable hágalo por la «onda», que me espurrea... ¡Sombra!

EMPLEADO (que está que muerde).—Señor, le he dicho de veinte maneras que no hay.

Berúlez.—Y yo de otras veinte que sí. ¡Sombra!

EMPLEADO (conteniendo su ira y vencido).—Como no haya quedado alguna trasapelada... (Mira un bloque.) Tiene usted razón, caballero. Queda una, sólo una. (Se la ofrece.)

Berúlez.—¿Quedaba, eh? ¡Ya lo decía yo! ¡Bueno, pues véndala usted pronto!

EMPLEADO.—¡Téngala!

Berúlez.—No...; si yo no quiero entradas. Es que me he apostado un escabeche con mi compadre Cipriano a que había sombra cuando abrieran el despacho. He ganado. ¡Condió!

JULIO ROMANO



Dib. PIRAC.—Madrid.

—No sé qué le pasa a mi hija, que en cuanto me siento al piano se echa a llorar...

—¿Sí?... Pues, mira: esa niña tiene una cara muy inteligente.

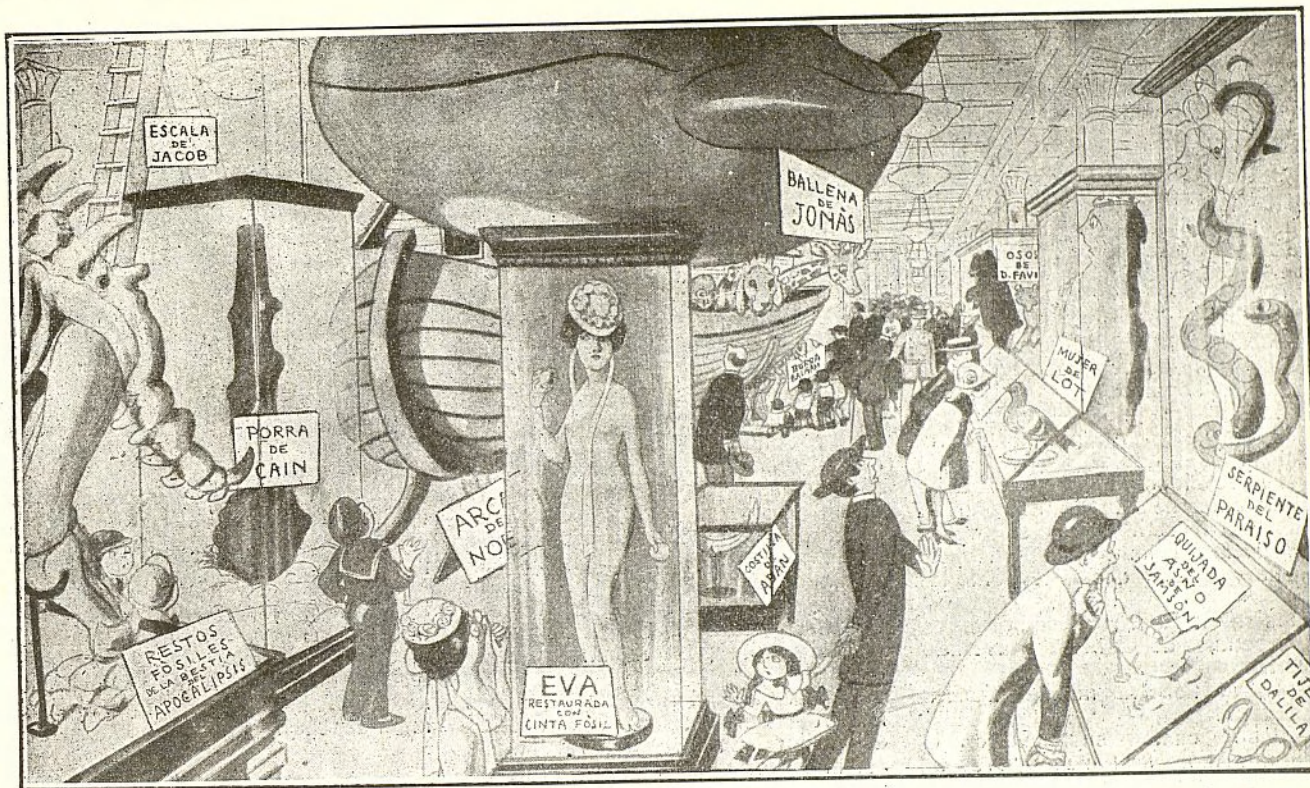


Dib. de BLUFF.—Madrid.

—Sí, hijo mío: todos los fusilados mueren riendo.

—¿Y por qué?

—¡Porque al final les dan el tiro de gracia!...



MUSEO ARQUEOLÓGICO FUNDAMENTAL

(De Life, de Nueva York.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN ÉXITO TEATRAL, por Eugenio Chavette

Yo me he dedicado hace tiempo a escribir para el teatro y me precio, lo digo sin un adarme de vanidad, de haber sido uno de los autores más silbados de París.

He sido silbado, con tal entusiasmo, que mi peor obra ha dado a la empresa del teatro (estamos en pleno verano), la mayor recaudación del año. El mismo empresario me decía con voz vibrante de reconocimiento:

—¡Usted, amigo mío, es nuestra Providencia!

Mi obra era un vodevil en cinco actos, digo cinco actos aunque más exacto sería decir en tres actos, puesto que los gritos y los silbidos del respetable público hacían, por lo general, que el telón bajara próximamente a la mitad del tercer acto. Mi obra se titulaba *Las desdichas de un joven de dos meses* y era un divertido juego de peripecias en las que un bebé de sesenta días con padre, madre y abuela, por coincidir sus señas personales con las de un bizarro general de brigada, se veía enredado en un sinfín de graciosísimas e hilarantes situaciones.

Quando mi colaborador y yo nos presentamos a recoger nuestra obra de la censura, uno de los censores nos declaró que la Comisión había puesto el veto a nuestro vodevil, alegando que *hacíamos intervenir a la infancia desvalida en un suceso mundano con un cinismo increíble*.

Yo cito textualmente las palabras del censor, que por cierto ya ha muerto, tal vez a consecuencia del énfasis de esa frase.

Mi colaborador era casado y tenía varios hijos y no podía darse el placer de despreciar el dinero. La pérdida que para él suponía no estrenar nuestro vodevil le hacía asequible a toda clase de concesiones.

—Podíamos salvar las escenas escabrosas haciendo correcciones...— imploraba todo nervioso.

—¿Cómo? ¿Cómo?—interrumpió el censor.

Mi cómplice, angustiado, insistió: —Si usted quisiera, usted mismo podía indicarnos alguna modificación salvadora, sus preciosos consejos serían seguramente acertados, y sin duda al-

guna aceptados por nosotros, siempre conciliadores.

Por el alma del censor pasó un vago anhelo de presunta gloria.

—¿Por qué no reemplazan ustedes al niño de dos meses por un perrito de lanas?—insinuó humanizado el censor.

Esta proposición me hizo saltar sobre mi asiento, pero mi coautor tenía tales ansias de hacer viables sus esperanzas de cobrar algunos francos que, sin poderse contener, exclamó con una voz palpitante de emoción:

—¡Oh, la gran idea!

Y agarró el manuscrito anunciándonos el inmediato arreglo que se nos exigía.

Yo, ya en la calle, estallé de risa; pero mi alegría fué mayor cuando mi colaborador me dijo seriamente:

—¡Con el perro estará mejor!

—¿Pero, idiota, qué hacemos del padre, de la madre y de la abuela de nuestro protagonista?

—No, no te preocupe; yo me encargo de hacer las correcciones que este pequeño cambio exija.

—¿Y el general de brigada? ¿Y el

quid pro quo de la segunda escena del segundo acto, que sería un clamor, una apoteosis?

—El *quid pro quo* será todavía más cómico, más divertido. Déjame hacer, déjame hacer...

Mi única esperanza era que el director del teatro no aceptara la obra mixtificada. Pero la empresa no tenía cosa mejor ni peor que poner.

—¡Quién sabe!—dijo el empresario—. Recuerden ustedes lo que pasó con *La Gracia de Dios*. Nadie contaba con su éxito y se estuvo dando durante cien noches seguidas.

—Haz lo que quieras—concluí por decir a mi *confrere*, ganado por el optimismo de todos.

Las correcciones, de las que me enteré el día antes del estreno, se reducían a bien poca cosa. Cinco o seis veces donde decía el primitivo texto «Leopoldo grita», se hacía decir «Leopoldo ladra».

Subsistía la frase repetida por todos los personajes del ex bebé, convertido en perro.

—¡Ah, sí, tiene las mismas narices del general!

—El solo cambio sustancial era el del título. Ahora se titulaba: *¡Desgraciado como un perro!*

Y con estas modificaciones, como se ve poco transcendentales, tuve la cer-

teza de poder llegar a tantas representaciones, por lo menos como las alcanzadas por *La gracia de Dios*.

Había que ver la actitud del público el día del estreno; el primer acto fué bien: el bebé, digo el perro, no aparecía en escena hasta el segundo acto. En éste, los espectadores tenían el aspecto de gentes que acaban de despertar de una horrible pesadilla. Veremos, parecían decir, en qué para todo esto.

La reacción vino en el tercer acto: en la escena en que la madre del niño, ahora perro, decía al seductor, metiéndole los puños por los ojos:

«A la salida del entreacto me enteré de todo, canalla, vil seductor; el portero, a quien le pedí las contraseñas para tu hijo y para mí, sólo me dió la mía, asegurándome *reconocería* fácilmente al niño. Entonces pensé en tu maldad, negándote a hacer lo que un desconocido, un hombre honorable, se prestaba voluntariamente a hacer por ti.»

¡Qué gritos! ¡Qué espantosa pateadura!

El polvo legendario de las butacas llenaba el ambiente. Los espectadores de buena fe se retorcían de risa en sus asientos; por contagio, las señoras sufrían ataques diuréticos. Las personas serias, inteligentes, para las que no son secreto los *trucos* de la técnica

teatral, pedían insistentes las cabezas de los autores...

Bajó el telón: mi colaborador y yo pudimos salir del teatro cautelosamente.

Algún rezagado, que me debía conocer, me apretó la mano:

—¡Gracias, muchas gracias, querido; he pasado un rato inolvidable!

Otro espectador, tomándose por un compañero de infortunio, me hizo partícipe de sus impresiones:

—Esto es absurdo, insensato, inverosímil, idiota... Esto no es un vodevil, esto es un verdadero vomitivo... ¿No le parece a usted?

—Yo opino lo mismo que usted, caballero, sino que con mejores datos para juzgar: ¡Soy uno de los autores!...

Entonces, sin duda por la excitación que me produjo este alarde de sincera espontaneidad, se me ocurrió una idea genial:

—Señores—dije en alta voz—. Cierto; la obra es un esperpento, pero la culpa de la incoherencia que todos lamentamos, no es de los autores; es de la dirección, que ha confundido el orden de los actos; ha dado el segundo en el lugar del cuarto y viceversa...

Estamos en pleno julio, 31 grados en la sombra, 42 dentro del teatro. Un rasgo que sólo puedo imputarlo a la temperatura. Fuf a ver al empresario y le pedí retirara la obra del cartel. Parece que le veo: cuando le expuse mi decisión, se retrepó en el sillón, y pálido y tembloroso, me dijo:

—Si usted retira su obra, jamás, ¿lo oye usted?, jamás, jamás tendrá usted en este teatro billetes de favor. Por lo demás, pondremos en el cartel *El Cid* a siete francos butaca, mientras que ahora sólo se oye decir por todas partes: «¡Id a ver la sandez esa que se pone ahí; no se ha visto nunca cosa semejante.» Los curiosos me llenan el teatro; ayer se hicieron 8.000 francos. Si mantenemos el cartel he salvado la cuesta de julio...

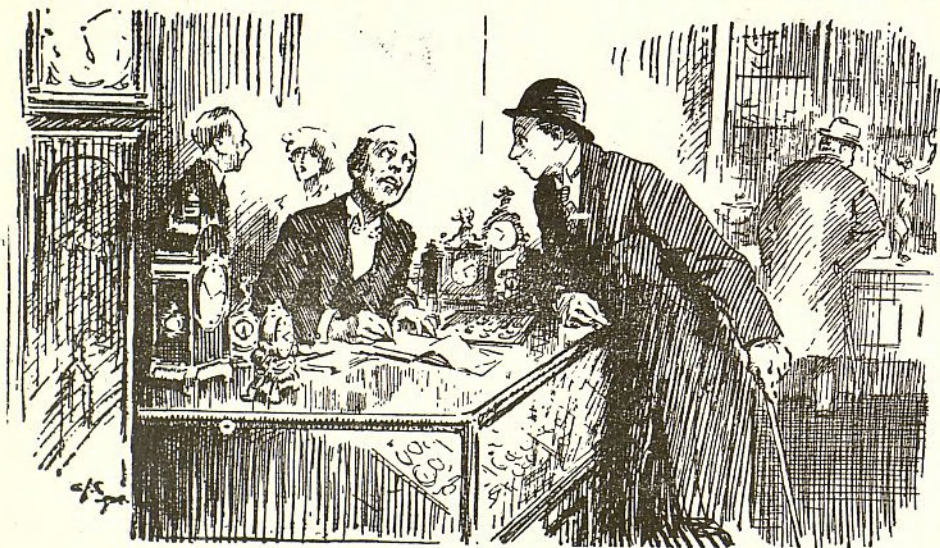
Mi éxito ha sido completo. Mourier, el director, apretándome las manos, me dijo ayer:

—Querido: hágame usted, pronto, sobre la marcha, otro vodevil del mismo género...

S.

París, 1882.

(De *The Humorist*, de Londres.)



EL JOVEN.—Deseo que la sortija lleve grabado: «Federico para Enriqueta».

EL JOYERO (paternal).—Joven, siga mi consejo y no grabe más que «Federico».

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERÍA CAMPOS: Calle de Allén, 23

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

S. de la H. Avilés.—Poderoso, pingüe, millonario y cuentacorrentista señor nuestro: usted que, según afirma, es lo bastante rico para no cobrar sus trabajos, es, en cambio, poco espléndido para escribirlos. Lo que nos ha mandado es tan corto, tan corto que, ni aún pagándoselo, le podríamos dar más de diez reales. Buen Humor necesita artículos menos baratos pero de *tamaño natural*. Sea usted menos conciso, o, de lo contrario, refírese como Bergamín a la vida privada, y disfrute de su cuantiosa fortuna sin pensar en más.

Máquina de escribir

UNDERWOOD

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39.-MADRID

A. L. R. Madrid.—¡Pues mire usted que *Las ideas de Federico!* Si el buen Federico no goza de otras ocurrencias que las que usted le supone, es seguro que se morirá de hambre negra, aunque le metan en la triste cárcel. Porque no crea usted que en la cárcel come bien todo el mundo. Nosotros, que hemos estado ya en ella, podemos responderle a usted de que no.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

M. D. Madrid.—Tres cosas de usted tenemos a la vista. Ninguna de las tres es un disparate; pero tienen el pícaro inconveniente de aludir en forma elogiosa a colaboradores nuestros, cosa que agradecemos hasta llegar al llanto, pero que no queremos hacer pública porque somos enemigos del *bombo* y de sus lamentables consecuencias. A lo mejor *Néstor O. Lope* se entera de lo que usted piensa de él, y pide que le paguemos más todavía de lo que inmerecidamente gana en esta espléndida y dadivosa casa.

Don Elpidio. Granada.

Su soneto ¡Horrible llagal, mi querido Don Elpidio, crea usted que no se paga con diez años de presidio.

Bodegas de los CEAS

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

Hércules.—Por muy Hércules que usted sea, le van a atizar a usted un mamporro un día; el primer señor que lea una cosa de usted, estando usted presente y al alcance de su mano.

Edvard. Berlín.—El asunto de su escaso trabajo literario es de una vejez valetudinaria. Lo hemos leído ya en cuarenta formas distintas. Y en ninguna de ellas nos ha hecho gracia, dicho sea aquí en la más completa intimidad.

F. S. de Y. Madrid.—Le animamos a usted para que trabaje, procurando ponerse lo más humorístico posible. Las dos cosas que nos ha enviado, un tanto flojillas y de asuntos ya muy sobados, nos hacen pensar que usted puede hacerlo mejor. ¡Hágalo, y todos seremos felices!

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72. Teléfono 48-00.

Un lector de BUEN HUMOR. Madrid.—¿Nuestra opinión respecto a su trabajo?... Diez céntimos; y con lavabo, quince. No hay otra.

Carranque. Tenerife.—¿Que usted ha ganado mucho dinero en el teatro?... ¡Habría sido vendiendo caramelos y bombones en los intermedios!

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

A. A. P. Madrid.—¿Usted ha oído hablar del ilustre hombre de ciencia francés, monsieur Bazin? ¡Pues eso mismo es usted haciendo versos!

A. A. Valladolid.—Cuando ese inventor le diga a usted cómo se fabrican las patatas artificiales, y usted nos lo diga a nosotros, podrá tener interés su trabajo. Ahora no vale ni una patata.

S. T. Valladolid.—Le quedaremos a usted eternamente agradecidos si tiene usted la bondad y la galantería de hacernos el señaladísimo favor de irse a la porra, y de escribirnos para saber si ha llegado usted bien.

Luis de Palma. Madrid.—Continúa usted sin alcanzar la soñada meta. Apriete el paso, a ver.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

María. Santander.—Su formidabile poema *La abaricia rompe el saco*, con su modernísima ortografía y con el prodigioso grabado que le sirve de ilustración, han pasado a mejor vida.

J. S. B. Ciudad Lineal.—Mal, lo que se dice mal, no está su cuencillo. Pero bien, lo que se dice bien, no lo está tampoco. En la duda, abstente, que dijo el Conde-Duque de Olivares.



CREMA
Polar
Para la limpieza de los dientes -:- Cura el dolor de muelas -:- Evita el sarro. Perfuma el aliento.
CORTÉS, HERMANOS. - BARCELONA

Garjimo. Madrid.—No se enfada usted, pero no nos gusta ni tanto así nada de lo que nos ha enviado.

Escamao. Córdoba.—Los chistes serán aprovechados. Lo otro, que le aproveche a usted.

F. U.—Ninguno de sus tres originales (?), majestuosamente escritos con lápiz tinta, creemos que merezca los honores de la perpetuidad en nuestras columnas.

¡Alzuizar.—No cabe.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

V. P. A. Cádiz.—De cabeza al cesto, sí, señor. Lo ha acertado usted plenamente.

Ramasama. Madrid.—Eso no sirve ni para envolver doscientos gramos de macarrones.

CALZADOS LLORENTE

Carmen, número 25

Los mejores de Madrid.

A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

F. M. Madrid.—Su trabajo se titula ¡Nos hemos caído!... Y tiene razón su trabajo. Nos hemos caído nosotros, porque lo hemos tenido que leer. Y se ha caído usted, porque no lo podemos publicar.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. - CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Ante el Tribunal comparece un sujeto que, después de vivir de huésped sin pagar el pupilaje, concluyó por asesinar a sus patrones, cortándoles las respectivas cabezas.

—¿Qué oficio tiene usted?—le pregunta el fiscal.

—Sastre.

—¿Sastre?

—Sí, señor. Me dedicaba a cortar patrones...

Santiago Santacréu.—Madrid.

El colmo de un sacerdote.
Poner una taberna, con el fin de bautizar el vino.

Celes Diez y su prima.—Bilbao.

—¿Sabes en qué se diferencia una langosta de un piano?

—Lo ignoro.

—Pues, si no lo sabes, no yayas a comprar un piano, porque te pueden dar una langosta.

Ana Sánchez (Fifi).

—¿En qué se parece un toro (después de muerto) a un calvo?

—En que ambos han sufrido el descabello.

*Federico y Santiago.
Villanueva de la Cañada.*

—El día de mi boda, mi novia iba muy nerviosa.

—Estaría azaharada.

Carlos Castañón.

—¿Es usted casado o soltero?

—Casado.

—¿Con prole?

—No, señor. Con la Robustiana.
*Mauricio de Grandry y Alexis.
Madrid.*

*Por unos dientes bonitos
Saturnino se desvive.
Por lo cual sus novias usan
Licor del Polo de Orive.*

—¿En qué se parecen un ratero y un tranvía?

—En que el ratero sustrae y el tranvía sus trae... y sus lleva.

*Rafael Toró L. de Guevara.
Córdoba.*

Un tranvía núm. 11, en un día de tormenta, llega a la plaza de Alonso Martínez, y, en el momento de parar, retumba un trueno formidable.
EL COBRADOR.—¡Santa Bárbara!
UNA BUENA MUJER (que va en el coche).—¡¡A todos nos proteja!!

Ansolodene.—Madrid.

Reconocimiento de quintos.

EL MÉDICO.—¿Qué alega este muchacho?

EL CABO.—Que es completamente sordo.

EL MÉDICO.—Ofrezcale usted diez duros, y ya verá.

EL QUINTO.—¡Aunque me ofrecieran veinte mil, no diría nada!

Emilio Baquero Gil.—Madrid.

Entre verduleras.

—Oye, Pancracia, ¿tú, cómo te apellidas?

—Yo, González. ¿Por qué?

—¡Chica, es que en casa pasa una cosa muy rara: que, menos mi madre, toda la familia nos apellidamos igual!

Tino Arias.—Oviedo.

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el veraneo cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

Cierto ciudadano penetró en una zapatería, en la cual había mucho público, y, aprovechando la ocasión, agarró una caja con un par de zapatos. Pero, al estar ya en la puerta para escapar, el dueño, muy tranquilo, le dijo:

—¡Eh, amigo! ¡Por ese precio no se puede usted llevar los zapatos!

A lo que el fulano respondió:

—¡Pues yo no puedo dar por ellos ni un céntimo más! ¡Así es que ahí se los dejo a usted!

Y se marchó muy ofendido.

Polito y Totó.—Madrid.

En un colegio electoral.

—¡Retírese usted en seguida, caballero! ¡Listed ya votó hace un ratol!

—Es verdad, pero necesito votar otra vez.

—¿Por qué?

—Porque he cambiado de opinión y me acabo de pasar a otro partido.

Larrea.—Barcelona.

—¿En qué se parece un mozo de café a un torero?

—En que cambia de rodillas.

Bienvenida Cruz.

Entre amigos:

—Oye, ¿en qué se diferencia un estercolero de ti, si me dices un chiste malo?

—¿...?

—Pues en que en el estercolero hay miasmas, y tú, si me dices el chiste malo, *mias-mafao*.

Adán & Eva, Ltd.

EL MARIDO.—¿Estoy mejor con la barba?

LA MUJER.—Sí. Se te ve menos la cara.

A. L. R.—Madrid.

Una profecía.

Una madre riñe injustamente a un hijo suyo de diez años.

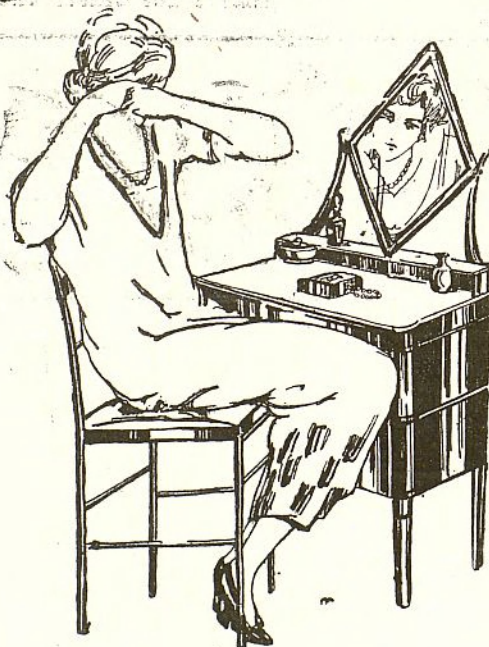
El chico, lleno de indignación, se vuelve hacia su hermana, que tiene tres y medio, y la dice:

—Cuando pase un poco de tiempo y te cases, ¡valiente suegra va a tener tu marido!

José Huertos.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera y Alfileres de corbata.

EN TODAS LAS JOYERIAS

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

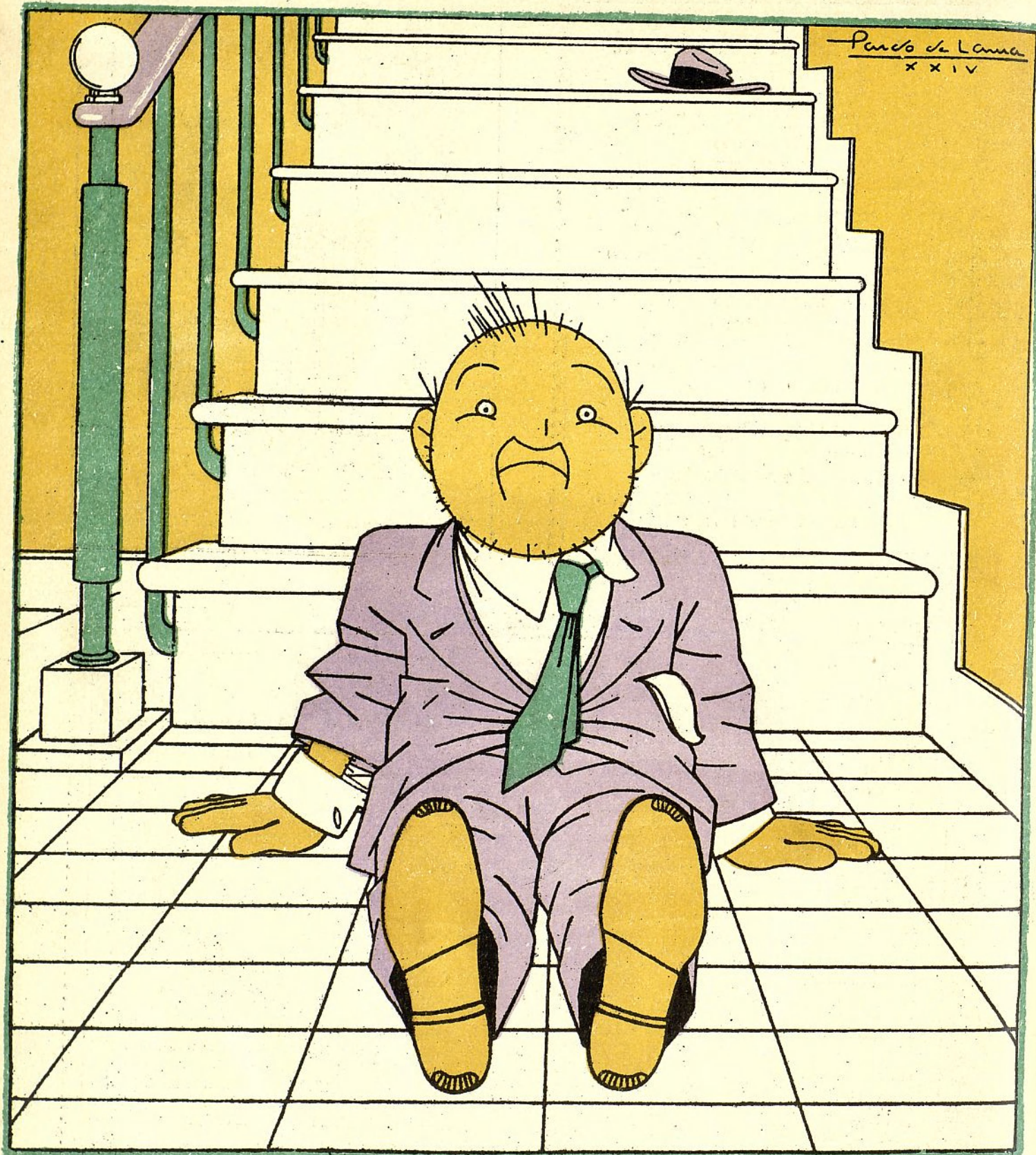
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa. —Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. —Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. PARDO DE LAMA.—Madrid.

—¡Pues, señor, yo que sólo salía a dar una vuelta!...

Ayuntamiento de Madrid